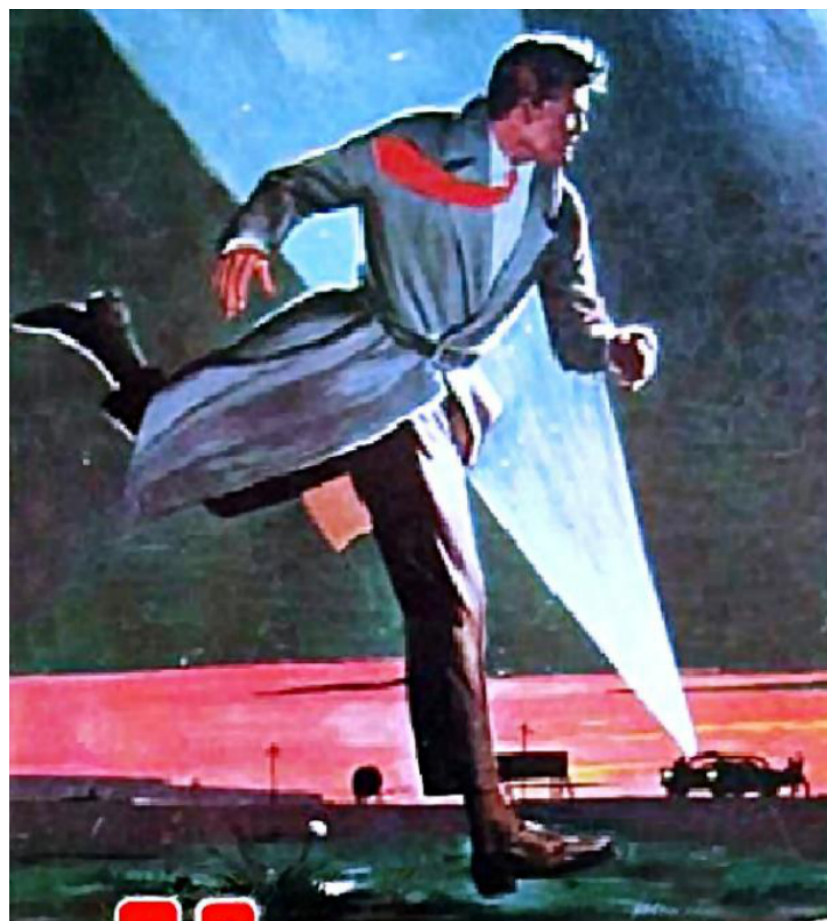




SS

SERVICIO
SECRETO

SILVER KANE

EL TRONO DEL MUERTO

SILVER KANE

El trono del muerto

1.ª EDICIÓN
OCTUBRE-1958



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPÓSITO LEGAL B 14.697-1958

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© SILVER KANE - 1958

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 8 - Barcelona

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

EL TRONO del MUERTO

por
SILVER KANE



CAPÍTULO PRIMERO

«MA»

La mujer que entró en aquella mísera habitación situada en el corazón del East River y encendió una bujía porque aquella misma mañana le habían cortado el suministro de electricidad debido a falta de pago, tenía cerca de medio millón de dólares entre efectivo y acciones de las más importantes compañías industriales del país.

Había vivido de la mendicidad un tiempo y había arrastrado su miseria por los cuatro puntos cardinales de la ciudad más rica del país más rico del mundo. Con los años, las monedas se convirtieron en billetes y los billetes crecieron como si se multiplicaran por cuatro. Luego contrajo matrimonio con Jonás Bent, un pájaro de cuenta. Jonás Bent se dedicaba al tráfico de cocaína en pequeña escala y asoció en el negocio a su mujer. Los billetes empezaron a multiplicarse por ocho hasta alcanzar el medio millón de dólares, pese a que el matrimonio desorientaba a la Policía viviendo en la misma miseria de siempre.

Pero quince días antes, Jonás Bent había muerto, y las cosas empezaron a ponerse mal para su esposa, ya que los traficantes «en grande» no le confiaban la droga para el pequeño reparto.

Así habían rodado las cosas hasta aquella mañana. Quince días sin ganar un centavo. Y los gastos del entierro. Y había que comer.

Naturalmente que «Ma» Sewon, la viuda de Bent, no hubiese tocado su medio millón de dólares ni aunque la hubieran partido en pedazos.

Encendió la bujía con un fósforo y la depositó sobre la mesa que había en el centro de la primera habitación. Todo olía allí a húmedo, a abandono, a suciedad de gato. «Ma» Sewon miró a su alrededor y pensó que de todos modos los quince días malos ya

habían terminado.

Aquella mañana le había llamado Campbell, uno de los principales distribuidores de la ciudad, para decirle que volvía a confiar en ella y que pronto le suministraría una cantidad muy importante si lograba evitar que se dispersaran las bandas de jóvenes entre las que principalmente había «trabajado» su esposo.

«Ma» Sewon estaba contenta.

Era aquél un cometido sencillo, poco peligroso y que siempre salía bien. Jonás Bent le había enseñado a realizarlo. Los jóvenes eran unos eficaces auxiliares de la distribución y siempre pagaban bien. Entre los componentes de las bandas existía un fuerte sentimiento de honor que les unía. El país marchaba a las mil maravillas con la esperanza de una juventud tan «prometedora».

Lástima que Jonás Bent hubiese muerto tan joven, a los cincuenta y un años. Lástima que lo hubiesen metido en un ataúd pintado de colores para llevárselo fuera de la ciudad que él tanto había amado, a la que tanto había hecho progresar llenándola de sobrecitos de cocaína.

«Ma» Sewon lo recordaba todo como si acabara de suceder ayer, a pesar de que desde la muerte de Jonás Bent ya habían transcurrido quince días.

La mujer pasó a la habitación contigua, llevando la bujía en la mano para hacerse luz. La puerta chirrió al abrirse con un quejido de madera cansada y vieja.

Lo primero que vio «Ma» Sewon fueron las cortinillas de la ventana movidas por el vientecillo fresco que venía del río. Esa ventana estaba abierta, a pesar de que ella misma la cerraba antes de marchar y la afianzaba con el seguro.

Un poco más allá estaba el gato de «Ma» Sewon, con el lomo arqueado y erizados todos los pelos de su cuerpo.

Entre el gato y la ventana, recibiendo con mucha claridad la luz de ésta, se encontraba Jonás Bent.

Estaba en la misma posición que un día antes de morir, sentado en la butaca y con la vieja pipa apagada entre los labios. Igual que en un retrato que dos años atrás le pintara un artista del Barrio Latino de Nueva Orleans, cuando Jonás fue allí para extender honradamente sus actividades hacia las tierras del sur.

Cuando «Ma» Sewon dejó caer la bujía al suelo, el gato dio un

salto y se arrojó sobre ella, arañándola en las manos. Luego pasó a la otra habitación, donde no tenía escapatoria, y se puso a lanzar gritos casi humanos. «Ma» Sewon cayó sobre la llanura de la vela, lanzó un alarido y seguramente hubiese terminado quemada viva si alguien, no supo quién, no la hubiera sacado a rastras de allí. Cuando recobró el conocimiento estaba en el Bellevue, junto a la Morgue, y Campbell, uno de los «grandes» del negocio en Nueva York, se había sentado junto a su cama y la miraba fijamente.

—¿Qué ha ocurrido, «Ma»? ¿Por qué diablos ha estado a punto de pegar fuego a su casa?

—Jonás... Me miraba...

—Déjese de tonterías y hable claro. ¿Sabe ya que tiene quemaduras de primer grado en el vientre y las piernas? Necesitará que la atiendan bien en el hospital, y yo me preocuparé de que le hagan la vida imposible si no me explica lo que ha sucedido. ¿Cómo se le ocurrió organizar aquel desastre con la llama de una vela?

—No hice... nada...

—¿No? ¿Dónde tenía el dinero?

La sola mención de ese nombre hizo que «Ma» Sewon se despabilara inmediatamente.

—¿El dinero?

—Sí. ¿Lo tenía en la casa?

—No. Sólo una pequeña cantidad para los gastos de la semana. El resto está en el Banco.

—Hace bien, porque parte de la casa ha ardido.

«Ma» Sewon trató de incorporarse y no pudo. Los vendajes cubrían extensas zonas de su cuerpo y estaba sujeta al lecho. Se encontraba en una habitación reservada del hospital, una habitación blanca, llena de luz, donde no había el menor resquicio de sombra ni el más pequeño sitio para que en él pudiera ocultarse Jonás Bent. Cerró los ojos y aún creyó verlo allí, junto a la ventana, mirándola. Luego se dejó caer sobre la almohada mientras su garganta lanzaba una especie de estertor.

«Ma» Sewon tenía ya cuarenta y ocho años, y su aspecto miserable daba lástima aun entre las sábanas impolutas del hospital.

Pero Campbell no la miraba con lástima, sino con asco.

—¿Había mercancía en tu casa, «Ma»?

Ella abrió los ojos otra vez.

—¿Qué dice?

—Los bomberos y la Policía están allí Aunque no quieran lo pondrán todo patas arriba, despanzurrarán los muebles y derribarán alguna pared para que el fuego no se extienda. Eso es lo que harán, «Ma», mientras tú y yo estamos aquí hablando.

—Espero... que salven la casa.

La derecha de Campbell se cenó sobre su muñeca como un garfio de hierro.

—Te pregunto si encontrarán allí mercancía, «Ma». Yo había ligado a Jonás a la red de distribución porque estaba libre de toda sospecha, y esta mañana te he dado algunas cantidades de polvo para que las guardases bien, y desde luego fuera de tu casa. ¿Qué has hecho con ellas?

La mercancía que Campbell le había entregado estaba en la casa de «Ma». Pero a pesar de los dolores, que empezaban a despertársele, y a pesar de haber visto a Jonás Bent moverse en la habitación quince días después de muerto, «Ma» era astuta y sabía cuándo hay que ocultar una emoción. Dijo con acento de fingida indiferencia:

—Lo he ocultado todo en mi caja fuerte del Banco. A nadie se le ocurre mirar allí.

—Me sabría muy mal que encontrarán algo en tu casa, «Ma». — Campbell le soltó poco a poco la muñeca—. Soy un hombre que tiene crédito, un puesto en la sociedad y, muchos amigos en algunos círculos oficiales. Me sabría muy mal perderlo todo por una tontería tuya, «Ma». Me sabría muy mal... por ti.

«Ma» se estremeció y dijo que todo aquello había sucedido después de ver ella junto a la ventana a Jonás Bent, que estaba muerto desde quince días antes.

—Tonterías —susurró dulcemente Campbell—. Yo mismo asistí al entierro del pobre Jonás, y puedo asegurarte que no se escapó de la tumba antes de que la cerraran. Ahora descansa, «Ma», y si encuentran algo en tu casa, te pones a rezar, ¿sabes, querida? Te pones a rezar.

Salió de la habitación y tras la puerta, aguardando, encontró al médico de guardia.

—Gracias, doctor, por haberme concedido estos minutos.

—No tiene importancia, viniendo usted recomendado por la

inspección. ¿Cómo la ha encontrado?

—No muy bien, doctor. Parece que ha sufrido pesadillas.

—He estado pensando en eso desde que la vi por aquí. Es el tipo perfecto de una visionaria.

—Procure que la atiendan bien, doctor, y que no le falte nada. Si hay gastos suplementarios, yo correré con ellos. Por descontado, diré eso también en la Administración. La dirección a la que debe ser trasladada una vez se cure es la que indica esta tarjeta.

—Deje nota en recepción. Si no hay complicaciones, podrá salir de aquí dentro de ocho días.

Campbell saludó con una respetuosa inclinación de cabeza, se introdujo las manos en los bolsillos de su americana y salió del Bellevue. En la puerta le esperaba un «Oldmobile» último modelo. Campbell, desde su más tierna juventud, había soñado en mujeres bonitas y coches nuevos, y ahora estaba realizando aquellos sueños. Dentro del automóvil, con los pies apoyados en el respaldo delantero, estaba una pelirroja que ocupaba el primer cartel en un «burlesque» con su número de *striptease*. *Campbell pensó que ahora era suya, completamente suya, y se olvidó de «Ma».*

Aquella misma noche, los del servicio de incendios y los policías descubrieron mercancía por valor de una montaña de dólares en el domicilio de la visionaria.

Campbell vivía bien, tenía un departamento completo en la Séptima Avenida y podía permitirse el lujo de comprar de vez en cuando brillantes para las «estrellas» de los «burlesque» a los que asistía con regularidad cada noche. Pero él no era nadie comparado con Holden, el «rey de la ciudad». Holden manejaba todos los intereses en la costa del Atlántico y su autoridad indiscutida se extendía desde Boston a Nueva Orleans como si tuviera apresada toda esa zona con unas tenazas gigantescas. Holden poseía varios automóviles, un yate, clubs nocturnos con espectáculo propio, acciones en las empresas más hornadas del país e intereses comerciales en gran parte de Sudamérica. Todo había salido de las drogas y todo vivía gracias a ellas, pero eso no se sabía oficialmente... mientras Holden no sé hallase en un conflicto.

Holden se halló en un conflicto cuando los polizontes descubrieron que «Ma» Sewon era un agente en la cadena de distribución, y que esa cadena llevaba hasta Campbell. Desde

Campbell hasta Holden había tan sólo un hilo, pero aunque nadie supo seguirlo por el momento, «el rey» empezó a sentir que su trono se tambaleaba.

Y todo por una vieja borracha y alucinada que aseguraba haber visto a un muerto.

Hasta los negocios mejor organizados y más «selectos» — pensaba—, se pierden por culpa de la gente inepta. Que una cosa tan importante como la distribución pudiera estar en manos de gentes de la categoría de «Ma» Sewon, llenaba a Holden de santa indignación.

Holden había sido buscador de fortuna en el Brasil durante algunos años y en las selvas centrales había aprendido a manejar el machete y el látigo. Cuando Campbell, que estaba vigilado pero no detenido, fue a su lujoso palacio de Long Island, Holden le ordenó sencillamente:



Holden manejó rabiosamente el látigo.

—Quítate la americana.

Campbell obedeció.

—Y la corbata.

Campbell obedeció también. Ya no parecía el hombre que vivía entre coches nuevos y mujeres bonitas. Había algo en sus facciones

que se habías vuelto gris, ceniciento, como si fuese un aviso de que tenía que morir.

—La camisa.

Campbell tenía las espaldas anchas y bien formadas, moldeadas a base de sesiones en el gimnasio. Se puso a llorar como un chiquillo cuando Holden le empezó a arrancar tiras de piel a latigazos.

Durante una semana entera, Campbell tuvo que estar boca abajo en una cama y maldiciendo en voz alta, mientras Holden se tomaba unos días de descanso en Buenos Aires para alejar sospechas. Transcurrida esa semana, «Ma» Sewon salió de un hospital con las piernas llagadas y Campbell salió de otro con la espalda deshecha.

La Policía los vigilaba, pero no fueron detenidos porque eran piezas secundarias y la red no había hecho más que tenderse. Todos sus pasos eran controlados, y ambos sabían que estaban al borde de un pozo en el que podían caer al menor descuido. Por eso «Ma» sólo pensó en marchar de la ciudad y Campbell en eliminarla antes de que se decidiesen a detenerla y empezar con los interrogatorios.

«Ma», guiada por un impulso sentimental, fue antes de salir de Nueva York a visitar el almacén guardamuebles a dónde sus trastos habían sido llevados durante el incendio.

Allí estaban los viejos muebles, los ruinosos enseres y el retrato de Jonás Bent mirando hacia el frente con la pipa apagada entre los labios.

«Debí ver el retrato a la luz de la luna —pensó ella mientras temblaban sus párpados—. Seguro que debió ser eso».

Encargó que se lo llevaran todo a una casita de Coney Island que pensaba alquilar durante tres meses y en la que confiaba pasar desapercibida, entre el bullicio infernal que llena toda aquella zona durante los meses de buen tiempo.

El encargado del guardamuebles pidió el precio del transporte por adelantado y le preguntó de qué modo quería que se le embalase el cuadro, que era lo único de valor.

—Bastará con papel grueso, porque el trayecto es corto —dijo ella—. ¿Dónde estaba ese cuadro cuando empezó el incendio? ¿Junto a la ventana?

—Creo que no. Se han obtenido algunas fotos del lugar donde se encontraba todo. Ese cuadro debía estar en el fondo de la

habitación, muy lejos de la ventana, porque de lo contrario, el fuego lo hubiese consumido.

—¿De modo que no pudo iluminarlo la luz de la luna?

—Pues... no. ¿A qué viene eso?

«Ma» Sewon salió muy pensativa del guardamuebles y al encontrarse de nuevo en la calle vio por primera vez a la persona que había de asesinarla.

Esa persona formaba parte de las bandas juveniles corrompidas y preparadas por Campbell. Sólo tenía diecinueve años.

Y a esa edad, su historia era ya mucho más fantástica e increíble de lo que «Ma» hubiera podido suponer a los cincuenta.

Ned Shandor era su nombre.

CAPÍTULO II

NED

Todo había empezado cuando Ned Shandor, cuatro años antes, se dio cuenta de que era guapo, de que tenía sin proponérselo una fuerte musculatura, de que sus andares eran interesantes y de que las muchachitas entornaban los ojos al verle y se derretían por él.

Cuatro años antes, es decir, en 1954.

No había aún amenazas de paro en el país. La cifra de venta de automóviles seguía en alza. Cualquiera podía pegarle a su patrón una patada en los riñones a las once y encontrar otro trabajo a las doce. Las mujeres seguían la moda de llevar falda larga y se ponían medias sin costura, lo que en opinión de Ned era una falta de picardía y, por consiguiente, un asco. Las muchachas de su barrio le decían que no, y que era una lástima que él no entendiera más de esas cosas.

Ned Shandor debutó como luchador en unos campeonatos locales de grecorromana, le aplastaron su hermosa nariz en una caída y desde entonces abandonó el deporte.

En las orquestas de moda que coman por los bailes baratos, tipos como él, sin necesidad de que les aplastaran la nariz, tocaban algunos instrumentos, lanzaban ayes al aire, se llevaban las chicas de calle y ganaban dinero fácil.

Ned Shandor quiso debutar en una orquesta y fue un fracaso. Era demasiado viril, daba demasiada sensación de potencia. Las mujeres que acudían a enervarse con la música no le mimaban, no se sentían instintivamente llevadas a depositar confianza en él. Ned Shandor dejó también la música.

Siempre que necesitaba la compañía de una muchacha le bastaba con insinuarlo, a cualquiera de las de su barrio, que

enseguida se le ablandaban como merengues, e incluso le daban dinero. Pero a Ned empezaba a gustarle que las señoras usasen perfumes caros, que fueran bien vestidas, que tuvieran «*glamour*», como se decía en las revistas. Tratar señoras así resultaba caro para cualquiera y en especial para Ned Shandor, que sólo era un mozalbete. Estos oscuros deseos le llevaron ya definitivamente hacia el mal camino.

A finales de 1955 ocurrieron cuatro cosas decisivas para su vida: su madre murió, su hermano Thomas atracó un Banco asesinando a un policía y llevándose medio millón de dólares, conoció a Campbell y conoció a Luke Zervis.

La madre murió de una embolia, de repente, dejándoles solos a los tres, es decir, a Thomas, a él y a su hermana Nora, que tenía dieciocho años. Thomas, al día siguiente del entierro, atracó una sucursal urbana en Elarlem, disparó contra un policía de guardia y logró huir, siendo detenido al día siguiente en un coche incendiado.

Ahora estaba en

Sing-Sing

y no había ido a la silla por verdadero milagro, sencillamente porque no se pudo probar que él había sido el asesino del guardia. Por todos esos días Campbell se puso en contacto con una banda de granujas entre los que figuraba Ned y les ofreció dinero fácil si le ayudaba a distribuir la «mercancía». Fue por aquellas fechas también cuando conoció a Luke Zervis.

Luke tenía cuatro años más que Ned y era un tipo no demasiado alto ni demasiado fuerte, pero lleno de nervio. Las mujeres decían que tenía cierto parecido con James Dean y también se derretían por él, quedando más derretidas cuanto menos caso les hacía Luke. Este pronto entabló una buena amistad con Ned. Los dos eran granujas, los dos tenían los mismos vicios y costumbres y la misma necesidad de dinero. Tan buenos amigos eran que Luke Zervis apaleó a un guardia hasta dejarlo sin sentido cuando éste estuvo a punto de detener a Ned. Condenado a tres años, fue también a Sing-Sing,

y el mismo Ned rogó a su hermano Thomas, que guardaba una excelente conducta, para que rogara al director que los encerrasen en la misma celda.

Ahora estaban los dos allí, pudriéndose y esperando una lejana

libertad, mientras fuera se disputaban campeonatos mundiales de boxeo en el Estadio de los Yanquis, se representaban revistas escandalosas en Broadway, la Monroe y la Mansfield ampliaban sus escotes con increíble generosidad y las muchachas a las que habían besado en los sótanos de las casas contraían matrimonio con honrados obreros y empezaban a no acordarse de

Sing-Sing

más que los días en que los periódicos daban la noticia de alguna ejecución en la silla eléctrica.

Todo esto había pasado en cuatro años, y quizá se piense que en un país donde por desgracia la delincuencia juvenil aumenta de día en día, la historia de Ned Shandor no tiene nada de extraordinaria.

Ned Shandor era el único tipo de los que iban por la calle en los Estados Unidos que conocía el paradero exacto del medio millón de dólares robados por su hermano Thomas.

El director del Banco no sabía nada. Ni la Metropolitana. Ni el F. B. I.

Ni nadie. Sólo Thomas, en

Sing-Sing,

y él, en la calle, conocían el paradero de aquella fortuna y sabían por qué Thomas había sido detenido en un coche incendiado precisamente.

En realidad todas las fases del «trabajo» de Thomas habían sido una auténtica obra maestra.

Todo empezó con el conocimiento casual de Milton Preskaya, un hábil dibujante que desde dos años antes hacía ensayos con planchas para falsificar moneda. Pero aunque empleaba las tintas y el papel adecuados, todos los ensayos salían rematadamente mal.

Fue Thomas quien una noche, después de visitar el sótano donde Preskaya tenía instalado su taller, le dijo que siempre sería un muerto de hambre.

—Estos billetes no valen nada, no engañarían a un niño. Lástima de tinta y de papel.

—La tinta y el papel son perfectos.

—Por eso digo que es una lástima.

—¿Y qué diablos quieres que haga? No es fácil falsificar billetes. Hitler lo hizo y hasta a él le salió mal.

—De todos modos te ofrezco la posibilidad de recuperar algo de

lo perdido. ¿Cuánto hay ahí?

—Aproximadamente medio millón de dólares, todo en la misma clase de billetes pequeños.

—Es una cantidad fantástica.

—Resume dos años de ensayos incesantes. He tratado de especializarme en un mismo tipo de billete para lograr la perfección, pero hasta ahora, por lo que se ve, no he podido conseguirlo. Noches y noches sin pegar un ojo. Noches y noches sin ver a mi mujer, que me insulta cuando me presento ante ella. Cuando se escriba la historia de los falsificadores de este país, a mi tendrán que dedicarme una página cómica.

—Los billetes caben en dos maletas. Te ofrezco dos mil dólares por todos ellos.

—No lograrás sacar ni uno, Thomas.

—Intento realizar una operación de propaganda. Anulados debidamente con un anuncio, me proporcionarán cerca de cuatro mil dólares. No creas que te doy limosna.

—¿Hace?

Preskaya necesitaba urgentemente dinero y no supo medir el peligro que aquello podía significar. Acabó cediendo el fruto de su «trabajo» por dos mil quinientos dólares.

De todos modos, el peligro que iba a correr era mínimo, porque Thomas quería aquellos billetes no para repartirlos, sino para quemarlos.

Al día siguiente atracó la sucursal urbana empleando dos pistolas, una de las cuales hizo desaparecer tras haber gastado una sola de sus balas en disparar contra el policía, y conservando la segunda, con la que roció de plomo las paredes, para que le apresasen con ella.

Pudo haber robado casi un millón, pero Thomas se llevó justamente quinientos mil dólares y en una sola clase de billetes.

No había que ser demasiado ambicioso. Según Thomas, un hombre tiene que saber siempre a dónde tiene que llegar.

Tampoco había que ser un iluso. El criminal que pretende escapar a la acción de la Justicia, lo es. Las redes de la Ley están tendidas por todas partes, y un fugitivo, con medio millón de dólares no tiene posibilidades de ir demasiado lejos. En todo caso, aunque tarde un año o dos en ser capturado, no disfrutará su

fortuna. En cambio, Thomas pensaba disfrutarla tranquilamente porque lo tenía todo preparado, no para huir, sino para que lo capturasen.

Las maletas con medio millón de dólares auténticos fueron a manos de Ned Shandor, quien a cambio entregó a su hermano las dos maletas con dólares falsos comprados a Preskaya, y que ya estaban preparadas.

A partir de entonces, Thomas perdió todo contacto con el producto de su robo. Ya no lo había vuelto a ver, e incluso ignoraba, para mayor seguridad en no delatarse, dónde estaba oculta. Ned había enterrado las maletas en un punto bien determinado y a pesar de necesitar dinero, a pesar de saber que si lo quería podía convertirse en uno de los hombres más ricos del país, jamás se le ocurrió sacar de allí un dólar.

Thomas, horas después del asalto, se había situado en un viejo coche en una carretera bien vigilada, pegando fuego al trasto después de estrellarlo y haciendo que billetes y carrocería ardiesen por los cuatro costados. Los patrulleros lo encontraron segundos después a unas yardas del automóvil, sin sentido, con cristales del parabrisas clavados en la cabeza y las manos desgarradas; Ese accidente provocado fue lo único que exigió de Thomas correr un verdadero peligro, pero los agentes no lo sospecharon. Con restos calcinados de billetes y la pistola cuyas balas estaban repartidas por todas las paredes del Banco —aunque no en el cuerpo del agente, que era lo que importaba—. Thomas Shandor fue puesto a disposición de las autoridades federales y luego del juez, quien, teniendo en cuenta su juventud y su carencia de antecedentes, lo condenó a ocho años en Sing-Sing.

El Jurado supuso que al policía lo había asesinado un cómplice de Thomas que no había sido hallado aún. Los federales hicieron por rutina diversas pruebas con los billetes calcinados y llegaron a la conclusión de que eran los robados del Banco, pues la tinta y la calidad del papel correspondían exactamente a los empleados por el Gobierno, y el dibujo defectuoso no podía apreciarse. La numeración no estaba anotada por tratarse de billetes pequeños, que los Bancos no controlan con tanto rigor.

Los periódicos se burlaron de Thomas Shandor porque dijeron

que sólo a un idiota se le ocurría robar a un Banco para luego hacer que, por falta de precauciones, los billetes fueran al infierno.

Thomas simuló una gran desesperación. Y ahora estaba en Sing-Sing, portándose como un recluso modelo para que los de la Libertad Vigilada le concedieran el pase antes de los ocho años. ¡Tenía un plan para verse libre en plena juventud y con medio millón de dólares!

Pero de ese plan formaba parte su hermano Ned. Si Ned fallaba fallaría todo. Ned, sin embargo, no falló.

Por la época en que «Ma» Sewon enterraba a su esposo Jonás, Ned era el lugarteniente más joven de Campbell, quien, a su vez, era el lugarteniente más joven de Holden.

Nueva York parecía una conquista fácil para los tres. Ned compraba a Campbell sus automóviles una vez desfogados por éste, y en ocasiones también le sucedía en sus conquistas. Poseía un *smoking* de lujo, una pistola niquelada sin licencia, una cuenta comente y una dirección segura por si alguna vez la Policía empezaba a sospechar de él. Por simple precaución seguía habitando con su sufrida hermana Nora, a quien cierta vez partió los labios de un puñetazo para demostrar que él era ya todo un hombre.

Un día antes de que «Ma» y Campbell salieran del hospital, Holden regresó en avión desde Buenos Aires, dio una suntuosa fiesta dedicada a los «jóvenes» en su residencia de Long Island e hizo a Ned el honor de conducirlo hasta su despacho privado, donde sólo entraban la gente importante y los políticos que se vendían al dinero de Holden. Ned estaba maravillado, sobre todo porque en la fiesta había descubierto a dos «estrellas» cinematográficas y una de ellas le había prometido que se encontrarían luego en el mismo automóvil.

En esta deliciosa atmósfera de optimismo se encontraba Ned Shandor cuando Holden le encargó el asesinato de «Ma».

—La red de distribución se ha roto por ese punto. La Policía está sobre «Ma», está sobre Campbell y pronto estará sobre todos nosotros. Ella es una chiflada visionaria que no merece vivir. Conviene que desaparezca antes de que decidan detenerla de una vez y empezar con los interrogatorios.

—¿Por qué no la elimina Campbell?

—Campbell va a salir del hospital y estoy seguro de que no tiene más pensamiento que ése, precisamente por ello obrará sin meditarlo, se dejará llevar por los nervios, lo chafará todo otra vez. Es necesario que tú te encargues de ese cometido.

Ned, que no había matado jamás a nadie, se estremeció.

—La Policía debe tener observadores en la fiesta —dijo, para defenderse—. Si me atrapan en lo de «Ma» Sewon y saben que he estado aquí, me relacionarán enseguida con usted.

Holden sonrió complacido, con esa expresión de los hombres maduros que lo saben todo.

—Hay aquí esta noche más de setenta jóvenes, la mayor parte de ellos pertenecientes a la buena sociedad. Incluso te podría mostrar a los hijos de varios generales y senadores. La Policía se fijaría en ti mucho menos que en nadie. Pero además no tienes que preocuparte por lo de «Ma», porque te será muy fácil. Es una vieja visionaria y borracha. Se la puede empujar al río, se la puede atropellar con un automóvil, se la puede pisotear por un asno. Es seguro que no opondrá resistencia.

Fue en aquel mismo momento, al disponerse a salir del despacho, cuando recibieron una comunicación del Bellevue dando cuenta de que su recomendada Luisa Sewon saldría a la mañana siguiente y de que había insistido para que no la llevaran a ninguna parte. El comunicado recomendaba grandes preocupaciones con ello porque Luisa Sewon había asegurado una y otra vez haber visto a un hombre muerto tres semanas antes.

Ned Shandor, no supo por qué, se estremeció. Al fin y al cabo era joven.

Fue también aquella misma noche cuando conoció a Cirył.

Cirył había de ser acribillado ante los ojos de Ned unos días más tarde, pero en este momento Ned ignoraba por completo que semejante cosa pudiera suceder. También ignoraba las cosas terribles que con Cirył sucederían más tarde.

Cirył era hijo del director de unas importantes factorías, pero se llevaba mal con su padre. Tan mal que éste, en un arrebato de furor por las continuas depravaciones de Cirył, le había roto dos costillas. Cirył caminaba enverado e incómodo, y aunque no llevaba ninguna faja, se veía obligado a usar una prieta camiseta de goma inventada

por un amigo suyo.

Se la mostró a Ned apenas empezaron a tener confianza, desabrochándose un poco la camisa del *smoking*.

—¿Ves? La tendré que llevar durante todos los meses de calor. Molesta, pero va bien. No hay otra igual en todos los Estados Unidos.

—Ah, bien. Qué curioso.

A Ned aquel tema de la camiseta de goma le parecía lo más estúpido del mundo, pero su nuevo amigo insistió:

—Ninguna otra. Si alguna vez ves un cadáver irreconocible con esta camiseta, da por descontado que soy yo.

—¿Un qué?...

—Un cadáver irreconocible.

A Ned ya le había revuelto el cerebro la noticia de que «Ma» Sewon había visto un muerto cuando se incendió su casa. Sólo faltaba que ahora Cirył le hablase de cadáveres también.

—No sé a qué diablos viene eso.

—Tú querrías que te identificasen, ¿no?

—No he pensado en ello.

—Yo presiento, adivino más bien, que debo pensar. Es como una advertencia que me llega cada noche, cuando me siento a solas en mi dormitorio, y sobre todo cuando hago correr las cortinas que tapan las ventanas. Moriré pronto y vosotros, luego, me encontraréis frecuentemente.

—¿Nosotros...?

A Ned le temblaba la barbilla a pesar de todo. Hacía esfuerzos por dominarse y no podía, no podía... Empezó a fijarse en que Cirył era feo. Tenía una cara alargada y horrible, unos labios exangües, unas manos grandes y blancas como esas que se ven en las pesadillas. Si era cierto que había de morir pronto, más valdría alejarse de él de una maldita vez.

—He tenido mucho gusto en conocerte —dijo Ned secamente—. Te aconsejo que bebas algo y bailes con cualquier chica. Las chicas, ¿sabes?, tienen una sola virtud: hacen entrar ganas de vivir a la gente.

—Yo no tengo necesidad de eso. Yo sólo quiero saber si podré contar con tu ayuda... después de que todo haya sucedido, Ned.

—¿Qué es lo que tiene que suceder?

—Mi muerte.

Aquello parecía una broma. Una broma o una pesadilla. Ned sintió asco de sí mismo por hacerle caso.

—Bueno, Cirył, lárgate.

—Con mucho gusto, pero cuando me veas más tarde piensa que sigo siendo tu amigo.

—Lo pensaré.

La saliva le sabía amarga. Tenía ganas de vivir, cuerno, tenía ganas de vivir. ¿A qué tantas idioteces entre «Ma» Sewon y aquel visionario? ¿A qué tantas complicaciones cuando la vida era tan simple?

De todos modos Ned no pudo olvidar nada de lo que había sucedido aquella noche.

No pudo dormir, mirando la ventana negra de su habitación.

Y éste era su estado de espíritu cuando a la mañana siguiente vio por primera vez a «Ma», a la que tenía que eliminar del mundo de los vivos.

CAPÍTULO III

LUKE ZERVIS

Mientras su hermano Ned preparaba el asesinato por orden de los que le habían corrompido, Thomas Shandor compareció en Sing-Sing ante la comisión encargada de estudiar las peticiones de Libertad Vigilada.

Los que le esperaban en la salita donde había de tener lugar la entrevista eran dos hombres y una mujer. Thomas adivinó por instinto que tendría a la mujer inmediatamente de su parte.

Aunque ella ya no era joven, estaba en esa edad peligrosa en que una mujer se pone a temblar ante un hombre demasiado guapo. Y Thomas Shandor era quizá el recluso más guapo que había estado jamás en Sing-Sing.

En otra época se hubiera hecho millonario como actor de cine, aunque sólo le hubieran dado papeles de figurón. Pero ahora estaban de moda los feos y él era «demasiado perfecto», según le dijeron una vez.

El que parecía llevar la voz cantante en la comisión le ordenó:
—Siéntese.

Thomas lo hizo mirando a la mujer.

—¿Sabe que es usted muy joven? —dijo ella sin rodeos, mientras vibraban sin que pudiera evitarlo las aletas de su nariz.

—Veintidós años, señora.

—Y muy atractivo. No sé qué le indujo a cometer un delito cuando tantas posibilidades se abrían para usted en el camino de la vida.

—Ni la juventud ni el ser atractivo me han servido nunca para

nada, señora —dijo duramente Thomas.

—Quizá porque no ha encontrado a nadie que le ayudara, que le apoyase moralmente.

—Sólo las ayudas materiales tienen valor. El dinero es lo único que cuenta en un país de negociantes y mercaderes como este Thomas, a veces, tenía pretensiones de filósofo—. Si yo me hacía con medio millón de dólares tendría cien juventudes para vivir y cien bellezas para disfrutar, mientras que ahora...

—¡Cállese! —dijo abruptamente el hombre que estaba a su derecha—. ¡En su propio bien, cierre la boca!

—Perdón. ¿He dicho algo que no sea cierto?

—¡Ha dicho algo que demuestra su falta de escrúpulos, y por ese camino va a ser imposible que se acceda a ponerle en libertad!

La mujer intercedió:

—Por Dios, Tom, el muchacho está nervioso. Que no conste en el informe nada de lo que acaba de decir.

—Está bien, pero que diga una sola imbecilidad más y volverá a su celda.

La mujer hizo un mohín con los labios a Thomas a través de la mesa.

—Explíquenos nuevamente, paso por paso, el delito que cometió —exigió el hombre—. No tal como lo hizo ante el Jurado, sino explicando la verdad. Ahora ya no hay que juzgarle.

—Expliqué la verdad entonces.

—Repítala.

Thomas recitó con voz lenta y aburrida lo que ya estaban hartos de saber en el Juzgado del Departamento de Justicia. Nada nuevo dijo porque nada nuevo le interesaba decir.

—¿Está usted arrepentido? —preguntó al final la mujer.

—Lo estoy, señora.

—¿Qué piensa de aquel medio millón de dólares?

—Que están bien quemados, y que de ese modo no volverían a provocar nuevas tentaciones.

Thomas se comportó a partir de aquel momento como un verdadero hipócrita, como un granuja cobarde que va buscando sistemáticamente los puntos flacos de una mujer. Intentó dar a su rostro una apariencia infantil porque sabía que en la admiración de aquella dama otoñal demostraba sentir por él había una buena dosis

de instinto maternal. Intentó mostrarse blando, comprensivo, humano. Al final de la entrevista sabía ya que había dado el primer paso para conseguir su libertad, es decir su vida.

La mujer, al despedirse, le estrechó la mano con fuerza.

—Esté tranquilo, Shandor.

Cuando Thomas Shandor regresó a su celda, acababa de ser traído Luke Zervis desde los departamentos de castigo.

Luke tenía un año más que Thomas y no era tan guapo aunque resultaba más viril, más fuerte. Había sido boxeador y trabajado en los muelles de Nueva York al mismo tiempo. Luego, su amistad con Ned Shandor lo había truncado todo. Verdaderamente estaba allí por haber golpeado a un policía para que Ned escapase. No parecía lamentarlo.

Casi cada quince días era condenado a las celdas de castigo, unas veces por culpa suya, otras por ayudar a sus compañeros. En esta ocasión había pasado ocho días en el peor departamento de Sing-Sing

por apechugar con una falta cometida por Thomas, quien había robado una botella de licor en la cantina.

Thomas, quien consideraba que todo el mundo debía estar a su servicio, ni siquiera le dio las gracias.

—Otra vez en casa, ¿eh? —preguntó sencillamente.

Luke Zervis se había tendido en la litera superior, que era la más cómoda y confortable, y comprobaba meticulosamente si los ocho días de castigo habían hecho mucho daño a la potente musculatura de sus brazos.

—Sí, otra vez en casa.

—¿Qué tal están ahora las celdas de castigo?

—Tú solo las probaste una vez, hace dos años, pero han empeorado bastante desde entonces. Eres un tipo de suerte, Thomas. Siempre encuentras quien responda por ti.

—Mucha más suerte voy a tener ahora.

—¿Han estado aquí los de la Libertad Vigilada?

—Sí, y entre ellos había una mujer. He logrado convencerlos principalmente a ella, porque yo... Bueno, yo soy guapo. A la segunda entrevista ya aprobarán mi petición.

—¿Sabes que tienes de tu belleza una opinión casi femenina, Thomas?

Thomas se encogió de hombros y dejó que su amigo —el único amigo que tenía en Sing-Sing

—, siguiera examinándose la musculatura.

Cinco minutos más tarde los de la Libertad Vigilada llamaban también a Luke Zervis a la sala especial de entrevistas.

La libertad fue concedida a Thomas Shandor con una benevolencia que hizo levantar justificadas protestas a algunos periodistas enemigos de la administración republicana. El día anterior la libertad había sido también concedida a Zervis, pero éste no llamó la atención a nadie porque su delito era mucho menos importante.

Luke Zervis esperaba a su amigo al pie de la puerta principal de Sing-Sing cuando las rejas se descorrieron para él.

—He venido a buscarte por si necesitabas algo, Thomas. ¿Piensas volver junto a tus hermanos?

—No tengo el menor interés en volver allí. Acaban de entregarme los ahorros hechos en la cárcel y pienso gastarlos alegremente. Algunos años de reclusión dejan destrozado a cualquiera, ¿no?

—Tienes razón; habrá que recuperar el tiempo.

Los dos amigos fueron aquella noche juntos a diversos lugares de diversión, se emborracharon y no se separaron hasta el día siguiente, después de acabar la noche encerrados por escándalo público. Por la mañana, Thomas buscó un hotel, se cambió tras encargar por teléfono un traje de sus medidas y salió para hacer dos cosas que aparentemente nada tenían que ver con sus años de encierro.

La primera de esas cosas fue ir a una determinada casa de productos químicos y comprar unos cuantos ácidos que ya sabía mezclar. La segunda dirigirse a la casa de un determinado médico que ya había estado condenado hacía años y que habría hecho cualquier cosa por mil dólares. A cambio de algo bien sencillo, Thomas le ofreció dos mil.

—Lo primero que tiene que hacer es alquilar una casita aislada en cualquier lugar donde sea completamente desconocido, e instalarse allí durante unas horas. Ha de procurar que no lo vea

absolutamente nadie, fuera de la persona que le alquile la casa. Llevará ese maletín con ácidos y otro con todo lo necesario para curar quemaduras. A media noche exactamente llame a ese teléfono, que corresponde a la casa de mi hermana. Yo estaré allí.

El médico, un sesentón borracho y depravado, dijo a todo que sí y salió inmediatamente en busca de algún lugar cercano a Nueva York donde pudiera alquilar una casa aislada.

Aquella noche, Thomas cenó en su casa como en los buenos tiempos, en compañía de Nora y de su hermano Ned.

Nora era una hermosa muchacha, algo pálida a causa de los sufrimientos, y que había prometido no quitarse el luto por la muerte de su madre hasta que su hermano Thomas saliera de la cárcel. Naturalmente ella ignoraba que el medio millón de dólares existía aún, y que Thomas era el asesino del policía. Para ella sus dos hermanos no eran más que dos pobres muchachos descamados a los que había que mimar, a los que había que ayudar para que rehiciesen su vida. Caso de saber lo que Thomas tenía preparado para aquella misma noche, se habría estremecido de horror.

Pero ahora era una muchacha feliz como tantas otras en la alegre noche del sábado, una muchacha que se desvivía por agradar y complacer a los demás. Se había quitado el luto y su busto resaltaba poderoso bajo la ceñida blusa de color. Una gruesa falda negra moldeaba perfectamente sus formas. Ned y Thomas, sin embargo, no le dedicaron una sola mirada de atención.

Después de la cena, mientras Nora aseaba la casa, los dos hermanos se retiraron a conversar al dormitorio de Ned. De lo que se dijo en aquella entrevista, Nora nunca supo una palabra.

Dos días antes, presintiendo la inmediata libertad de su hermano, Ned había desenterrado las maletas con el medio millón de dólares, llevándolos a su casa en un momento en que no estaba Nora. Previamente había adquirido dos maletas nuevas a las que trasladó toda aquella fortuna sin quedarse un solo billete. Luego destruyó a golpes las viejas y las quemó en el horno de la calefacción.

Hecho esto llevó las nuevas al departamento de consigna de la estación Grand Central, donde le entregaron un resguardo. Aquel resguardo valía medio millón de dólares. Valía también la vida de un policía asesinado, varios años de libertad de un hombre joven y

hasta la belleza de las facciones de Thomas. Porque ahora venía la segunda parte del plan.

Ned entregó a su hermano aquel resguardo con el que se le iban a abrir las puertas de la fortuna.

—No tienes más que retirarlas de la consigna. Son dos maletas de piel negra de buena calidad y de cerradura doble. Desde la estación puedes ir a cualquier otro sitio. Si quieres, esta noche estarás muy lejos de Nueva York.

—Pienso dirigirme a Chicago, y desde allí intentaré pasar al Canadá. Ya tendrás noticias mías, y en cuanto te reúnas conmigo te corresponderá buena parte del botín, Ned.

—Prefiero que me lo des ahora. No he tocado un solo billete pudiendo hacerlo y te he sido fiel mientras has estado en Sing-Sing.

Mi precio es cien mil dólares.

—Si te los diese ahora empezarías a gastarlos enseguida, y forzosamente llamarías la atención. Cuando un hombre ha conseguido dinero ilegalmente, lo primero que debe hacer es abstenerse de gastarlo. La policía está con los ojos bien abiertos siempre que se produce un robo para ver por dónde aparecen las joyas o los billetes. Todos los incautos caen por esa razón.

—Pero este asunto está olvidado, Thomas.

—Resucitará en cuanto yo desaparezca. Si hicieras entonces una sola tontería, todos los federales se te echarían encima como una jauría de perros. No, Ned, no discuto tu precio, pero será preciso que te lo pague más tarde.

—Creo que no tendré más remedio que conformarme con eso. Además, no quiero discutir. Desde hace unos días no oigo hablar más que de resucitados y de muertos. Mejor que quedemos de acuerdo, Thomas. ¿Cuál es exactamente tu plan?

—He llegado a la convicción de que es estúpido pretender escapar a la acción de la policía. Por eso me dejé atrapar.

—Conozco perfectamente tu plan. Los billetes falsificados, el incendio, tu captura, el análisis en el laboratorio del F. B. I.,

y... ahora tu libertad. Tienes medio millón en tus manos. ¿Qué piensas hacer a partir de este momento?

—Dentro de un par de horas desfiguraré mi rostro con los ácidos

que ya tengo elegidos. Un médico al que ya he prometido dos mil dólares me ayudará a desfigurarme y a curarme las quemaduras para que no puedan surgir complicaciones. Hecho esto ya nadie me va a reconocer, puesto que incluso me haré destruir la piel de las yemas de los dedos. ¡Y a vivir!

—¿Tú sabes lo que vas a perder, Thomas?

—¿La belleza de un rostro más o menos bonito? ¿De qué me ha servido hasta ahora? Sólo para enternecer a algunas niñas idiotas y a una dama otoñal de la Libertad Vigilada. Con medio millón tendré lo que quiera y para nada necesitaré parecer guapo a la gente. Además, sólo se trata de desfigurarme, no de convertirme en un monstruo.

—Pero tú estás convencido de ser un hombre guapo, Thomas. Perdona que te diga eso. No podrías vivir después de saber que has dejado de serlo.

—¡Tonterías!

En aquel momento su hermana Nora entró en la habitación.

—Te llaman por conferencia, Thomas. Es un hombre que dice llamarse Peter Ranford.

Thomas se dirigió con demasiado apresuramiento hacia el lugar donde estaba el teléfono. Nora le detuvo. Había en sus labios como un temblor, y en sus ojos como un brillo delator de lágrimas.

—¿Algo importante, Thomas?

—Nada. Déjame.

Tomó el auricular y habló. Peter Ranford era el médico que esperaba cobrar dos mil dólares. Le dijo que ya tenía alquilada la casita y le dio la dirección. Al colgar el teléfono, Thomas sabía que ya nada podía fallar.

Si hubiese sido aficionado a la historia, sabría que años antes un hombre tuvo otra idea parecida a la suya y acabó en la silla eléctrica. Pero Thomas no era aficionado a la historia ni le importaban los demás.

Antes de salir advirtió a su hermano Ned:

—Lamaré dentro de tres horas. Si no lo he hecho, es que algo va mal. En tal caso haces lo posible para retirar las maletas. Como las depositaste tú mismo, es posible que te las den aun sin el resguardo. Tendrás que ponerlas a buen recaudo y esperar noticias mías.

Ned dijo que sí. Desde que estaba a las órdenes de Campbell y

de Holden se había acostumbrado a decir siempre que sí.

Una hora después, Thomas Shandor estaba a treinta millas de Nueva York en la puerta de la casita que había alquilado Peter Ranford. Era una edificación completamente aislada. Nada de lo que allí ocurriese se oiría desde el exterior.

Preparó, con la ayuda del médico, las probetas con los ácidos, lo dispuso todo y luego empezó el suplicio.

Una hora más tarde tenía el rostro hinchado, abotargado, convertido en una cosa informe que hasta tres o cuatro días después no recobraría su estado normal. Cuando se miró al espejo casi no pudo reprimir un grito de pena que le salió de lo más profundo del corazón, si es que Thomas Shandor tenía corazón. Luego notó que las lágrimas acudían a sus ojos. Se clavó las uñas en las palmas de las manos y se mordió los labios hasta hacerse sangre en ellos.

Pero tenía medio millón de dólares y seguía siendo joven. Él mismo lo había dicho. ¡A vivir!

Peter Ranford, después de la cura, manipulaba con las probetas y retiraba todos los utensilios. Era una víctima tan fácil que a Thomas Shandor, el desalmado, casi le causó aburrimiento. Pero no se detendría ante nada. Sin saber por qué, Thomas se sentía ahora más cruel y más malvado que antes. Del fondo de sus entrañas pareció surgir como un oscuro instinto de destrucción.

—¿De veras no le ha visto nadie, doctor Ranford?

—No, nadie.

El hombrecillo se estaba volviendo con una sonrisa.

Thomas le disparó entre los dos ojos, a matar, y cuando su víctima cayó a tierra se extrañó al ver que la sonrisa aún no había desaparecido de sus labios. Hay gentes que son idiotas hasta para morir, pensó.

No se había disipado aún el humo de la pólvora, cuando la puerta se abrió violentamente y en el umbral apareció Luke Zervis.

CAPÍTULO IV

EL SOLITARIO

Durante varios años Thomas Shandor y Luke Zervis habían estado compartiendo la misma celda, habían sufrido las mismas reprimendas, las mismas humillaciones. Thomas creía conocer a su amigo tan bien que hubiera sido capaz de describir cada rasgo de su cara y cada modalidad de su carácter. Pero el hombre que acababa de entrar ahora en la casa donde había cometido su segundo asesinato, no le parecía Luke Zervis. Lo era, pero no se lo pareció. Su instinto, ese instinto qué tanto ayuda al santo como al criminal, le advirtió de que por aquella puerta acababa de entrar la muerte.

Fue una sensación extraña e inexplicable, pero que le produjo como una horrible sensación de frío en la columna vertebral.

Luke cerró la puerta.

Los dos hombres se miraron fijamente. Estaban solos, condenadamente solos, con un muerto de por medio como única barrera. Thomas mismo había buscado aquella soledad que ahora le rodeaba como un dogal. Levantó la pistola poco a poco.

—Ha sido un trabajo fino —dijo Luke por todo comentario, mirando al muerto.

—¿Qué haces aquí?

La voz de Thomas Shandor era más ronca de lo que él hubiese querido. Su dedo índice temblaba junto al gatillo, pero Luke ni siquiera se fijó en eso.

—He venido a acompañarte en tus últimas horas, Thomas.

—¿Qué quieres decir?

—No era necesario que transformases tu cara de ese modo para poder disfrutar en paz medio millón de dólares. Tu juventud y tu belleza viril valían mucho más, Thomas. Con medio millón de

dólares no vas a poder nunca comprar otra cara.

—¿Cómo... sabes lo de ese dinero?

—Me ha costado varios años averiguarlo, Thomas. El servicio más largo, más pesado y más repugnante de toda mi carrera. ¿Crees que todo el mundo se tragó tu historia? ¿Piensas que no hubo nadie capaz de imaginar lo que había sucedido? Eran demasiadas coincidencias, Thomas, y como hasta los golpes más maestros tienen algún fallo, yo fui el encargado de buscar el que tú habías cometido. Mi estratagema me permitió llegar hasta tu celda, y los mil favores que te hice durante nuestra reclusión me permitieron ganar tu confianza. —Había como una triste sonrisa en los jóvenes labios de Luke Zervis—. Buscaba tu fallo, Thomas, el fallo que sin duda habías tenido que cometer y que daría con tus huesos en la cárcel para toda la vida. ¿Sabes cuál fue ese fallo, Thomas?

El índice se cerraba ya sobre el gatillo.

—Tú, mi único amigo, un asqueroso policía... Habla, dime cuál fue ese fallo. Empiezo a tener curiosidad.

Luke silabeó:

—La esperanza, una de las más hermosas virtudes del hombre; la esperanza y la ilusión que aún tenías depositada en la vida me hizo comprender que no estaba todo perdido para ti, como lo hubiese estado de ser verdad lo que se dijo en el juicio. Tú tenías alguna carta escondida, y esa carta valía medio millón de dólares. Intenté ganar tu confianza para que me convirtieras en tu cómplice, pero eras demasiado listo para fiarte de nadie, ni siquiera de tu único amigo. Creí que mi misión terminaría antes de que salieras de la cárcel, pero desgraciadamente ha tenido que durar hasta este momento. No te he perdido de vista, Thomas, desde que atravesaste las puertas de

Sing-Sing.

Lo único que lamento es no haber podido llegar a tiempo de evitar que desfigurases tu rostro y asesinases a este pobre hombre. Lo que pudo haber sido una condena de seis años se convertirá ahora, si no tienes mucha suerte, en una pena capital. Pero yo, Thomas...

Su sonrisa pareció hacerse más triste al añadir:

—... pero yo continúo siendo tu único amigo.

En los ojos de Thomas Shandor el que se creía el hombre más listo de su país, brillaba ahora como un fuego febril, como una

llamita de locura.

—De modo que todo este tiempo he estado vigilado... De modo que los esbirros no abandonáis nunca vuestra presa...

—Nunca, y eso debería servir de lección a todos los que vulneran la ley. Aunque yo, para vigilarte, haya sufrido una condena aún peor que la tuya, el delito que cometiste no podía quedar impune, y no lo quedará. Todos los crímenes se pagan, Thomas, y ésa es una verdad que debería estar grabada a fuego en los corazones de cuántos piensan que la vida es sólo de los que saben vivirla. Pero basta de filosofías. He venido a prenderte, Thomas. Suelta ese petardo, baja la cabeza como hacías en la cárcel y tiende las manos para que te coloque las esposas. Cuanto menos trabajo me des será, mucho mejor para ti.

Todos los músculos de Thomas Shandor sufrieron como una bestial sacudida.

—¡Pero todo esto es absurdo! ¡Es sencillamente increíble!

—Si lo dices porque me haya resignado a estar varios años en tu celda, puedo asegurarte que hay compañeros que todavía se sacrifican más que yo.

De repente, Thomas, que estaba a punto de apretar el gatillo, miró a su alrededor como si despertase de un sueño. Un espejo lejano, situado a su izquierda, le devolvía una imagen casi monstruosa, una imagen hinchada, envejecida, deforme. La cara de un leproso de unos cincuenta años que él había valorado en medio millón de dólares. Y frente a él, como el único obstáculo que se oponía en su camino hacia la fortuna y la libertad, un hombre solo. Un hombre sólo sin armas visibles, sin protección, con una triste sonrisa en los labios. La situación le hubiese parecido risible a Thomas si no fuese tan extraña y tan trágica. Pero vio otra vez aquella imagen deforme en el espejo y sus labios se plegaron en un sonido gutural, mitad llanto y mitad carcajada. Su mirada era la de un loco cuando balbució:

—¿Vienes solo, Luke?

—Completamente solo.

—¿Por qué?

—Porque quiero darte la oportunidad de que te entregues voluntariamente. Si la casa estuviese rodeada tú te defenderías hasta el fin, y yo nunca he pensado en hacerte morir como a un

perro rabioso... Vamos, Thomas, suelta la artillería y acércate poco a poco a mí. Aún tienes una oportunidad de vivir porque la justicia es comprensiva. Quizá el jurado piense que ya tienes bastante pena después de lo que tú mismo has hecho con tu rostro. Si quieres usar la última posibilidad de vida que tienes, suelta esa pistola.

Aquellos sonidos mitad llanto y mitad carcajada que lanzaba la garganta de Thomas se convirtieron en un estertor salvaje.

Con la mano izquierda se palpó las facciones que él mismo había destruido, aquel rostro que fue el orgullo de su vida...

Lanzó en voz baja una condenada maldición.

Su dedo se movió sólo cuando empezó a disparar, como si estuviera dotado de voluntad propia, como si fuera un resorte mecánico al que ya no se puede detener. Vacío su cargador contra Luke Zervis sin que éste, al parecer se moviera. Luego Thomas Shandor lanzó otra carcajada salvaje, infrahumana y cayó rodando por tierra.

Fue al sentir sobre el suyo el propio cuerpo de Luke cuando comprendió que éste estaba vivo, y que todas las balas disparadas en breves segundos no habían sido más que fuegos artificiales incapaces de asustarle.

Luke, nada más entrar allí, había observado que Thomas tenía las facciones muy hinchadas, y que los párpados inflamados apenas le permitían abrir los ojos. Su mirada era fija, como la de un reptil. Estaba abotargado igual que si acabase de salir de una borrachera.

A Luke le bastó una décima de segundo para comprender en qué instante empezaría Thomas a disparar. Una flexión de sus rodillas, un salto mientras las balas seguían el mismo camino, como las de una ametralladora mal dirigida, y...

Cuando cayó sobre él y le clavó la cabeza con todas sus fuerzas en el estómago, Luke Zervis comprendió ya que su adversario estaba vencido.

Pero Thomas era fuerte, ágil y estaba educado en la misma escuela que Luke, es decir la escuela de las calles y de los muelles de Nueva York. Clavó el codo derecho en el cuello de su adversario, cortándole la respiración, le asestó un culatazo en la frente y luego se puso de pie en un salto.

Aún no había logrado Luke incorporarse, cuando Thomas le propinó un salvaje puntapié en pleno rostro. Tenía ganas de

destruir, de matar, jamás había albergado su alma tanto odio como en aquel momento decisivo. Luke gimió llevándose ambas manos a la cara, y Thomas levantó una silla por encima de su cabeza.

Fue providencial que el policía se ladease, y el mueble que estaba destinado a partirle el cráneo se hiciera pedazos contra sus costillas. Thomas, maldiciendo, volvió a la carga antes de que su enemigo se recuperase.

Luke Zervis tenía un revólver cargado, su «38» reglamentario, pero no lo usó.

Una postrera advertencia partió de sus labios mezclada a una trágica bocanada de sangre:

—Thomas, por última vez...

El expresidario tenía ahora en sus manos una botella de ácido sulfúrico. Si la reventaba contra la cabeza de su enemigo, éste quedaría destrozado o al menos completamente ciego. Ahora fue Luke Zervis el que lanzó una maldición.

Dio un salto de costado mientras la botella pasaba a unos centímetros de su cabeza y golpeó a su adversario detrás de la rodilla. Thomas vaciló y cayó al suelo con un grito casi femenino. Con la puntera de su zapato libre Zervis le golpeó cuatro o cinco veces la parte posterior de la cabeza, buscando dejarle sin sentido aun a riesgo de matarlo como a un conejo. Los golpes fueron propinados con todas sus fuerzas y con una increíble brutalidad. Pero aunque parecieron encontrar un trágico eco hasta en las mismas paredes, Thomas no se declaró vencido y se levantó otra vez.

Los puños, de Luke Zervis se movieron como dos catapultas perfectamente sincronizadas. Una de ellas alcanzó al asesino en el estómago, y otra en el mentón. Thomas salió proyectado contra la pared que tenía a su espalda.

La botella de ácido se rompió inútilmente en un rincón de la pieza.

Acorralado allí, Thomas recibió en el rostro una serie interminable de golpes de todas clases y categorías, hasta que sus facciones quedaron irreconocibles. Los músculos de su rostro, ya muy blandos y castigados por la operación, parecían arcilla blanda bajo los puños del federal. Literalmente, Luke Zervis le fabricó a Thomas Shandor otra cara. Pero Thomas tampoco cayó.

Prácticamente era ya un muerto cuando intentó llegar hasta la puerta.

—Thomas, aún puedes salvarte —la voz de Luke era suave y casi dulce—. No me obligues a ir más lejos de lo que yo mismo quisiera.

Pero Thomas no tenía más que un solo pensamiento: Huir. Al no ver a nadie en la puerta le pareció que todo iba a ser fácil y que no lograrían detenerle ya. Dio un salto y tropezó con el cuerpo del hombre al que acababa de matar. Rodó por el suelo igual que un fardo y sus manos llegaron a tocar el ácido sulfúrico puro que ya empezaba a dejar su trágica marca sobre las baldosas de la habitación. Lanzó un grito de horror y se cubrió instintivamente la cara, produciéndose nuevas quemaduras mientras intentaba llegar otra vez hacia la puerta.

En estos momentos ya no era un hombre, sino un animal destrozado que busca la huida. Medio millón de dólares.

Años de cárcel, sus facciones destrozadas, dos asesinatos... La mente de Thomas Shandor era ahora como una pantalla cinematográfica donde todo desfilaba con increíble nitidez. Pero no sentía arrepentimiento, ni realmente sentía nada; su único deseo estaba en llegar cuanto antes a la puerta. Llegó a abrirla y en ese momento Luke gritó:

—¡No salgas! ¡Un coche patrulla habrá llegado hasta el cruce de carreteras!

Para que no le mataran, para evitar que fuese más lejos, Luke extrajo su revólver y disparó una sola vez, a las piernas de su enemigo. Pero los golpes recibidos antes habían mermado sus facultades y no acertó. Thomas Shandor logró atravesar la puerta. Más allá estaban los campos, estaba la noche, estaba la libertad. Todo lo que soñó durante años de cárcel parecía estar ahora al alcance de su mano. Echó a correr con todas sus fuerzas, buscando por instinto el mismo camino que a la llegada, o sea el cruce de carreteras. Un coche patrulla con varios agentes armados esperaba en aquel lugar.

Los reflectores iluminaron a Thomas.

—¡Alto! ¡Deténgase!

El asesino se cubrió los ojos al sentirse deslumbrado e intentó huir en otra dirección. Los pies no le obedecían pero obraba por instinto como obran, las fieras, acorraladas. Las luces le siguieron y

una voz advirtió por segunda vez:

—¡Deténgase!

Thomas no lo hizo y en aquel momento restalló la primera ráfaga.

Tiraban desde el coche con metralletas «Thompson», de bala larga y gran capacidad de fuego. Thomas recibió la ráfaga de más de ocho balas, en una pierna y en todo el costado izquierdo. Dio un traspié y quiso seguir corriendo aún, pero desde el coche lo cazaron con una segunda ráfaga.

Ésta fue a la cabeza.

Thomas Shandor, el que había sido el recluso más guapo de Sing-Sing, quedó cara al cielo con las facciones destrozadas, sosteniendo en su derecha crispada un pedazo de papel para retirar dos maletas de un departamento de consigna. Aquel papel estaba manchado con sangre.

Luke Zervis llegó hasta él, se arrodilló y le cerró los ojos. Los focos del patrullero aún lo iluminaban trágicamente todo. Y en la mejilla de Luke se deslizó como una lágrima cuando se puso en pie poco a poco para dirigirse hacia los agentes.

Éstos, sin mirarle apenas, rodearon enseguida el cadáver.

CAPÍTULO V

LA CALLE DESNUDA

Cuando llevaron a Thomas Shandor a la Morgue, en el Bellevue, muy cerca de donde había estado hospitalizada «Ma» Sewon, tenía cerca de treinta balas en el cuerpo.

El forense arrugó la nariz al verlo. No le gustaba que los muertos le diesen tanto trabajo.

—¿Quién lo ha hecho?

—Nosotros —el sargento que mandaba el patrullero se pasó una mano por los ojos—. Es Thomas Shandor, el que robó medio millón de dólares. Esta noche había asesinado a un hombre.

—Thomas Shandor no era así. Recuerdo haber visto su fotografía en los periódicos y resultaba un hombre guapo; quizá demasiado. ¿Qué son esas quemaduras de la cara?

—Se las causó él mismo, con la colaboración del médico al que luego asesinó.

—Está bien. ¿Urge la autopsia?

Luke Zervis, que se había destrozado los labios a fuerza de mordérselos, se acercó al cadáver.

—Cuanto antes entreguemos el informe a las autoridades federales, mejor. Haga la autopsia esta noche, si puede.

—Tendré una dificultad.

—¿Cuál?

—Será preciso que alguien identifique a Thomas Shandor para darlo oficialmente por muerto. Y no sé quién va a hacerlo, con esa cara.

Luke cenó los ojos un instante.

—Dios mío, es cierto. No había pensado en ello.

—Avisen a los familiares más cercanos, si los conocen. Yo

empezaré la autopsia ahora mismo, procurando que al abrir el cráneo no se estropee la cara.

Luke Zervis apretó los puños, dio media vuelta y salió rápidamente de la sala de autopsias.

Nueva York vibraba. La gran ciudad empezaba a despertarse y a lanzar al aire sus millones de sonidos, sus infernales traqueteos, su murmullo a la vez animal y metálico que la llenaba de vida. Luke, mientras en el interior de un taxi se hacía conducir a la estación Grand Central, tenía los ojos cerrados y sentía dentro de su cráneo los miles y miles de sonidos distintos de la ciudad. En su mano derecha descansaba el resguardo de consigna que Thomas apretaba al morir, y que estaba aún empapado en sangre. Luke sentía como si esa sangre fuera un ácido que le quemase la piel y llegara como una maldición hasta lo más secreto de sus nervios. No se daba cuenta de nada excepto de que Thomas Shandor estaba muerto y jamás volvería a oír los sonidos condenados de la ciudad a la que intentó conquistar con medio millón de dólares.

En consigna de la estación Grand Central mostró la credencial y el resguardo y pidió que le entregaran lo que se había depositado allí.

Tuvo entonces una sorpresa que de ningún modo se atrevía a esperar. No había imaginado que Thomas hubiera tomado sus precauciones para hacer desaparecer el dinero en el caso de que él no acudiera a recogerlo a una hora determinada.

—Lo siento. Se han llevado esas maletas hace aproximadamente media hora.

—¿Quién?

—La misma persona que las depositó. Aquí tiene todos los datos.

El rastro dejado ahora por el medio millón de dólares era tan claro que hasta hubiese podido seguirlo un niño. Luke leyó el nombre de Ned Shandor, su estado, su dirección, en fin, todo.

Era como si el medio millón de dólares estuviera otra vez en las arcas del Banco de donde fue robado antes.

Y sin embargo, Luke no se dirigió a la casa de Ned con su «38» bien cargado y dispuesto a ajustarle las cuentas, como por otra parte era su obligación. Se dirigió al despacho de su inmediato superior, a quien suponía ya a aquella hora en el Departamento de Justicia.

Efectivamente lo encontró. El superior de Luke se llamaba Donovan y era un hombre sin piedad, a quien un tipo asesinó a su mujer en una granja de Illinois, después de ultrajarla. El asesino no había sido hallado aún, y cada vez que Donovan acorralaba a un criminal, cada vez que le hacía sentir el sabor de la sangre para enviarlo a la silla eléctrica, creía estar vengando a su esposa. La pena de muerte era para él una obsesión y la silla eléctrica, sobre todo cuando funcionaba mal y hacía sufrir, le parecía la máxima creación de la inteligencia humana.

De un hombre así Luke no podía esperar comprensión, pero intentó conseguirla.

—Buenos días, Donovan. Necesito que se agarre bien a los brazos de la silla, que me preste atención y que no me interrumpa una sola vez. Luego diga lo que sea, pero trate de comprender mi estado de espíritu o no respondo de no cometer una falta grave contra la disciplina. Esa falta podría consistir en arrojarle por la ventana, Donovan.

—Hable.

—Thomas Shandor ha muerto.

—Magnífico. ¿Cuántos balazos?

—Unos treinta.

—Mejor aún.

—Hubiese preferido cazarlo vivo. No debió advertir a los de la Metropolitana para que me protegiesen con, un patrullero... Era antirreglamentario, era... inmoral.

—Si se refiere a que Thomas Shandor estaba buscado por delitos federales, le respondo que los patrulleros tienen por misión vigilar su zona y que deben acudir a cualquier lugar donde se les señale la presencia de un forajido.

—Fue una precaución inútil. Yo había empezado este trabajo solo y sólo lo hubiera concluido. Uno no está varios años encerrado en una celda con otro hombre, aunque ese hombre sea un granuja, sin tomarle cierto afecto, sin acostumbrarse a él. Le parecerá increíble, pero yo llegué a ser el único amigo de Thomas Shandor.

—¿Sí, eh? ¿Y qué opinaba de él?

—Era un producto de esta ciudad sin entrañas donde sólo se rinde culto al dinero. Era un producto de nuestra «civilización», nuestro materialismo, nuestra ignorancia colectiva de Dios. Eso era

Thomas Shandor, el guapo y el listo, que en realidad no pasaba de ser un desdichado.

—Curiosa filosofía para un federal que tiene por misión cazar criminales. Para un hombre que ha sabido estar años encerrado en una celda, mordiendo su propio secreto, con tal de concluir felizmente una misión.

—Antes que federal, nací hombre.

—En algunos momentos debería olvidarlo. Muy bien con la muerte de Thomas Shandor. ¿Y qué hay ahora del medio millón de dólares?

Luke tendió a través de la mesa una tarjeta con el nombre y las señas de Ned Shandor.

—Éste es ahora su afortunado poseedor.

—¡Vaya! Felicidades, Luke.

—Esas felicidades se las desea usted al que vaya a buscar el medio millón, y por consiguiente remate el servicio. Yo no pienso hacerlo.

—¿Cómo?

Donovan había estado a punto de saltar de su asiento.

—Hay docenas de federales en el Departamento de Justicia. Envíe a cualquiera de ellos y consígale una mención honorífica. Yo he venido aquí solamente a presentar mi renuncia al cargo.

—¡Zervis! ¡Usted es un servidor de la Ley! ¡Un esclavo de la Ley, si hemos de hablar claramente!

—Puedo servirla mejor siendo un simple ciudadano que no se vea obligado a obedecer órdenes.

Donovan, que estaba inclinado sobre la mesa, echó el cuerpo hacia atrás y se dejó caer nuevamente en el asiento. Buen muchacho aquel Luke Zervis a pesar de todo, a pesar de sus idioteces. El único capaz de pasarse años en la cárcel simplemente por cumplir una orden. ¿Y ahora qué? ¿Puede un hombre echarlo todo a rodar por un estúpido escrúpulo de conciencia?

—Supongo que estará de acuerdo conmigo en que Thomas merecía los treinta balazos, Zervis.

—Los merecía.

—¿Entonces...?

—Me hubiese gustado darle una oportunidad.

—Las tuvo a docenas mientras duró su encierro. Todas las

noches de insomnio, todas las tardes silenciosas de la cárcel fueron una oportunidad para él. Allí con su cuerpo cosido a balazos si no supo hacer otra cosa. ¿Qué tiene que ver eso con usted, Zervis?

—Su hermano es un chiquillo, y ahora tiene medio millón de dólares. A lo mejor se le ocurre defenderlos.

—No entiendo.

—Quiero decir que quizá piense defender esa fortuna con la pistola en la mano, y que en tal caso no habrá más remedio que clavarle otras treinta balas en el cuerpo. No quisiera tener que ver treinta agujeros redondos en la carne de un chiquillo como él, Donovan. Permita que vaya a hablarle pero no como federal, sino como simple ciudadano.

—¿Y qué va a decirle? ¿Qué si entrega ese dinero con sus intereses legales le darán una medalla de buena conducta?

—Pretendo decirle que yo también me eduqué en ese ambiente, que también sentí las tentaciones que él ha sentido y tuve sus mismos pensamientos. Sólo pretendo decirle eso, y luego que decida él. Pero no envíe ahora a todos los perros de presa para que le traigan su cabeza, Donovan, porque sería inhumano.

Donovan volvió a inclinarse sobre la mesa.

—Entrégueme usted su credencial, Zervis.

El joven se la entregó.

—Considérese en vacaciones. Una semana. En ese tiempo yo prepararé la renuncia y lo dispondré todo para la presentación a los superiores... si dentro de siete días quiere usted firmar.

—Sin duda querré hacerlo.

—Está usted estropeando su vida por un sentimentalismo idiota, Zervis.

—Llámelo como quiera.

—Está bien, me abstendré de intervenir oficialmente. Pero tráigame ese medio millón de dólares antes de la noche. De lo contrario enviaré los «perros de presa», como usted los llama, contra Ned Shandor.

Luke se puso en pie. La fatiga de dos noches enteras sin dormir no se acusaba en su rostro.

—Veré a ese muchacho, Donovan. Pero, por favor, encárguese de que le telefoneen dándole cuenta oficialmente de la muerte de su hermano y pidiéndole que pase por la Morgue para su

identificación.

—Está bien; así lo haré.

Luke regresó a la Morgue. Suponía que Ned no se atrevería a pasar por allí, pero deseaba al mismo tiempo que su encuentro pareciera lo más casual posible. Si Ned iba a la Morgue, aquél sería un buen momento para hablar con él.

El forense ya había extraído todas las balas a Thomas, después de abrirle el cráneo y certificar las causas de la muerte. Ahora lo estaban cosiendo. El cuerpo del que había sido el hombre más guapo de

Sing-Sing

parecía sobre la mesa el de un habitante del otro mundo.

Ned, en contra de lo que Luke esperaba, acudió a identificarlo.

Iba tranquilo, sereno, con las manos en los bolsillos de una americana de impecable corte. Sus dedos estaban cargados de anillos de oro y sobre la corbata llevaba un alfiler con una perla auténtica. Holden pagaba bien a sus lacayos, y Ned era un exhibicionista. Hizo repicar sus dedos con toda la constelación de anillos sobre el mármol de la mesa.

—Sí, es él mismo.

—¿Reconoce a su hermano Thomas Shandor a pesar de las quemaduras?

—Sabía que iba a provocárselas. Es él mismo.

—Firme la hoja de identificación.

Ned la firmó sin que temblara su pulso.

—¿Deseará hacerse cargo del cadáver cuando esté terminada la autopsia?

—*Pché*. Tengo una hermana llorona. Sí, que nos lo lleven para hacerle los honores.

Volvió a introducir las manos en los bolsillos de su americana y susurró con voz levísima:

—Lo importante es vengarle.

Cuando salía le alcanzó Luke.

—Ned...

Ned se volvió. Sus ojos fríos y metálicos parecieron taladrar el rostro de aquel hombre de veintitrés o veinticuatro años, alto, fuerte, al que fingió no reconocer.

—¿Qué ocurre? —preguntó con indiferencia.

—¿Es posible que ya no te acuerdes de mí?

Los ojos de Ned centellearon un instante, pero enseguida volvieron a quedarse inexpresivos.

—¡Ha transcurrido tanto tiempo! Pero tú no puedes ser más que Luke Zervis, mi viejo amigo de una vieja época. ¿Qué haces aquí?

—Yo estuve mucho tiempo encerrado con tu hermano, como sabes. He venido al enterarme de la muerte.

—Curioso. ¿Cómo te has enterado?

Ned ya se creía un jefe de «gang». Hablaba con el aplomo y la frialdad del que cree tener el destino de media ciudad en sus manos. ¡Y no era más que un chiquillo! Luke decidió decir la verdad.

—Me he enterado porque yo pertenezco al

F. B. I.

—¿Qué tú perteneces al... al...?

—Celebro que haya algo capaz de desconcertarte. Sí, yo pertenezco al

F. B. I.,

y pertenecía ya cuando te salvé para que me encerraran junto a tu hermano. Yo, su fiel amigo, era el encargado de averiguar el paradero del medio millón de dólares.

La dura frialdad de Zervis había logrado romper al fin la coraza de Ned, cuyos ojos despedían un brillo de fiebre.

—¿Quién ha matado a Thomas? —preguntó.

—Los agentes de un patrullero, pero no importa. Es posible que hubiera tenido que matarlo yo mismo.

—¿Sabes que es admirable tu franqueza? —rió Ned repentinamente—. ¿Con quién piensas que estás hablando?

—Con un chiquillo.

—¿Sí?

Estaban ya en la puerta del Bellevue. Un hermoso coche color salmón aguardaba aparcado junto a la acera. Era un coche ostentoso, digno de una estrella de cine, un *gigoló* o un *gánster presumido como Ned Shandor*. Luke hizo una mueca al verlo.

—¿Tuyo?

—Prestado nada más. Pero puedo invitarte a dar una vuelta con él... si no tienes miedo.

—Ned, déjate de tonterías. Necesito hablarte.

—¿Sobre qué?

Luke dijo brutalmente:

—Sobre tu cochino medio millón de dólares.

—¿Cómo sabes que lo tengo yo? —preguntó Ned con un ligero estremecimiento.

—Mira, es estúpido andar con disimulos cuando Thomas ya ha muerto y cuando el camino hacia la silla se está abriendo para ti, a poco que te descuides. No te hablo en estos momentos como agente federal, sino como un viejo amigo de una vieja época. Tú mismo lo has dicho. Y quiero ofrecerte la posibilidad de que no sigas el camino de Thomas, de que no acabes como él, rociado con el plomo que el Gobierno fabrica para vosotros. Entrega ese dinero y te prometo que no habrá proceso criminal contra ti.

Los labios de Ned se distendieron un poco. Aquella situación parecía divertirle extraordinariamente.

—Un poco caro el precio, ¿no?

—Ned, no eres más que un chiquillo aunque ahora intentes hacerte el hombre. Yo también soy un chiquillo, en cierto modo, y por eso te comprendo bien. A pesar nuestro, de nuestras debilidades y tentaciones, existe una Ley que ha sido creada en nuestro beneficio, y que...

—Basta de sermones.

—Si lo prefieres emplearé los puños, Ned. Es mejor eso que las balas.

—Muy bien. Pronto tendremos ocasión de comprobarlo. ¿Te atreves a acompañarme en ese cacharro?

—¿Y por qué no me iba a atrever?

—Hay amigos míos ahí dentro.

Luke miró. Tres tipos que parecían muy jóvenes, con los sombreros echados sobre los ojos, estaban en el automóvil. Ninguno de ellos miraba hacia allí. Parecían estatuas.

—Está bien —susurró Zervis encogiéndose de hombros—. Si lo que deseas es impresionarme, vamos.

Entraron los dos en el automóvil, en el departamento posterior. Dentro había también una mujer vieja, zarrapastrosa, cuyas ropas olían a gato y a humedad.

Fue ésa la primera vez que Luke Zervis vio a «Ma» Sewon.

El coche arrancó suavemente.

CAPÍTULO VI

LOS IMPLACABLES

El automóvil buscó atravesar el Hudson y enfilarse por las salidas de Nueva York por el sur. Era un modelo suave, construido para señoritas, que se conducía con la punta de los guantes. La suspensión era tan maravillosa que Luke cerró un momento los ojos y creyó estar otra vez en la litera de su celda, a la que ya se había acostumbrado, a la que añoraba casi. Todo el cansancio de las dos noches de insomnio se apoderó ahora de él.

Ned le dio con el codo.

—Eh, tú.

Iban tres en el asiento posterior. Él, Ned y «Ma» Sewon. La mujer reía silenciosamente.

Los tres tipos de los sombreros echados sobre los ojos permanecían quietos en el asiento delantero.

—Este coche es un buen sitio para dormir —dijo blandamente Luke.

—Yo ya no puedo descansar en ninguna parte —gimoteó «Ma». En cuanto me quedo a oscuras veo enseguida el rostro del pobre Jonás.

—¿A qué viene eso, vieja imbécil? —Gruñó Ned—. Jonás está muerto; yo mismo fui a su entierro.

—Pero eso no le impide pasearse por Nueva York y volver a casa —dijo «Ma» con una extraña mansedumbre—. Cuando nuestro departamento se incendió, él estaba allí dentro.

Luke la miró con curiosidad.

—¿Qué dice?

—Nada de particular. Todos lo saben. El gato también lo vio y por eso saltó sobre mí, originándose luego el incendio. Usted podría

darse cuenta si me conociera, señor —añadió dirigiéndose a Luke—. Yo nunca hubiera cometido la tontería de desmayarme, de no ocurrir una cosa así.

Estaban saliendo de Nueva York. La mañana era neblinosa y extrañamente fría. Luke vio un brillo febril en los ojos de «Ma» Sewon.

—Será mejor que olvide eso.

—Bien quisiera hacerlo, pero es inútil. Jonás sabe que ya no me asusto y vuelve todas las noches.

—Busca el río —indicó secamente Ned al que llevaba el volante del automóvil.

Rodaron casi media hora, en silencio, por la ruta nacional a Filadelfia. Luego se desviaron por una carretera secundaria y pareció como si regresaran otra vez a la ciudad. Media hora más de rodar en silencio y el Hudson apareció de repente ante sus ojos, quieto y anchuroso. Unos tímidos rayos de sol empezaban a alumbrar sus aguas, que estaban extrañamente turbias.

—Para.

El coche color salmón se detuvo suavemente en una zona de hierba a doce pasos de la orilla. Era aquél un lugar que seguramente se llenaba de visitantes los días de fiesta, durante el verano, pero ahora estaba solitario y silencioso como una tumba. Sólo el rumor de las aguas del río llegó hasta ellos cuando se detuvo el suave runruno del coche y fueron abiertas las puertas. «Ma» Sewon, quien creía que Ned quería hablarla de su nuevo ingreso en la cadena de distribución, fue la primera en salir distendiendo los labios con una sonrisa.

Ned someta también.

—¿Sabes nadar?

—¿Yo? ¿Cómo voy a saber una cosa así?

Había algo muy extraño en los ojos de Ned, dando la sensación de que se encontraba más allá de la vida y la muerte. De repente había dejado de ser un chiquillo para convertirse en un ser sin edad, sin moral, sin alma.

Luke iba a saltar sobre él, adivinando su propósito, cuando uno de los tipos del sombrero le clavó entre las costillas algo duro.

—Quietos, nene.

Era ridículo, era absurdo. Estaba entre chiquillos que jugaban a

gangsters, pero la muerte no entiende de edades. Luke Zervis sintió como una mano hábil paseaba sobre sus solapas, tanteaba su «38» y lo arrancaba suavemente de la funda sobaquera. Extraño que no lo hubieran hecho antes. Ned y los suyos debían sentirse muy seguros de sí mismos.

Ned ordenó al que había cacheado a Luke:

—Retrocede dos pasos, Círyl.

Círyl obedeció. Iba vestido muy deportivamente y dejaba que se entreabriera su camisa, bajo la que resaltaba una curiosa camiseta de goma.

—Primero al agua con «Ma» —dijo Ned fríamente—. Sin atarla y sin nada. Que parezca natural. Docenas de personas se ahogan cada año en el río, y «Ma» no es al fin y al cabo más que una pobre borracha. ¡Abajo con ella!

La mujer lanzó un grito ridículo e intentó defenderse, pero los dos jóvenes que cayeron sobre ella eran ágiles y fuertes y la dominaron con facilidad. Los ridículos gritos de «Ma» Sewon parecían los de una gata martirizada por unos chiquillos. Brutalmente fue arrastrada hasta las aguas del río y los jóvenes asesinos tomaron impulso para lanzarla. Sus zapatos, al ser arrastrados, dejaron dos largos rastros sobre la tierra blanda. Luke Zervis tragó saliva espasmódicamente. No, no era posible aquello. No podía haber en Nueva York quien hubiera corrompido a aquellos chiquillos de tal modo, quien los empleara tan sabiamente para sus fines inconfesables. Apretó los puños y dijo:

—Quiero daros una oportunidad. Me gusta que todo el mundo la tenga, y con mayor motivo los jóvenes. Pero si cometéis ese crimen no habrá piedad para vosotros. ¡Juro que os destruiré con mis propios puños! ¡Juro que os aplastaré!

Sus mandíbulas temblaban al hablar, y Luke Zervis parecía en estos momentos una fiera a punto de lanzarse al ataque.

La risa silenciosa de Ned Shandor llegó a sus oídos.

—Para hacer eso tendrás que esperar a que nos encontremos en el otro mundo.

—Ned, esas palabras iban por ti. He renunciado a mi credencial para poder hablarte con más libertad, para hacer que reflexiones sin sentirte coaccionado. Tienes ahora una oportunidad que será la última. Aprovéchala. La última. Cuando los revólveres tienen que

actuar, ya no hay oportunidades.

Ned silabeó, mirando por encima de los hombros de Luke Zervis:

—Este tipo es quizá el agente más joven que hemos conocido, ¿verdad, Cirył?

Cirył murmuró:

—¡Qué lástima!

Luke tensó un poco los músculos. Había llegado el momento de jugárselo todo, había llegado el momento de actuar.

Ned gritó:

—¡Acribállalo, Cirył! ¡Con éste no hacen falta disimulos! ¡Quiero que sepan que ha muerto así!

Cirył se puso a disparar, pero no contaba con la agilidad maravillosa de Luke Zervis.

Luke, en fracciones de segundo, dobló las rodillas y se apoyó sobre las puntas de sus pies mientras giraba con la velocidad de una peonza. Dos balas silbaron por encima de su cabeza, mientras Cirył, nervioso, lanzaba una exclamación.

La segunda fase del movimiento de Luke consistió en tomar impulso sobre las puntas de sus pies y lanzarse en plancha sobre su enemigo; un poco por debajo de la línea que partía del cañón de la pistola, según una maniobra ensayada cien veces. Cirył disparó otra vez y la bala rozó su cadera derecha, pero sin causarle un rasguño. La maldición de Cirył se confundió con el estruendo del disparo cuando se sintió enlazado por la cintura y rodó por la hierba en compañía del federal. Ned desenfundó una «Smith» y lanzó otra imprecación mientras, siguiendo científicamente la tercera fase del movimiento, Luke golpeaba la muñeca derecha de Cirył y hacía que el revólver saltara de entre sus dedos.

Luego se apoderó del arma.

Todo esto había ocurrido en menos de diez segundos, cuando aún no estaba extinguido el fragor de los disparos. Después Luke, por unos instantes, dejó que su enemigo llevara la iniciativa.

El instinto de todo hombre que lucha en el suelo con un enemigo es colocarse encima de él. Fatalmente Cirył seguía ese instinto, y Luke no le puso ningún obstáculo. Cuando Cirył estuvo sobre él le protegió de ese modo de las balas que Ned pudiera disparar desde arriba.

—¡Quítate de ahí! —rugió Ned—. ¡Apártate!

Luke contrajo todo su cuerpo y luego distendió los músculos en una repentina maniobra. Círyl, que no esperaba nada de aquello, saltó despedido hacia adelante y chocó con el cuerpo de Ned, rodando los dos por el suelo. Nunca Luke Zervis había tenido adversarios tan crueles, pero también tan inexpertos como aquéllos.

Empuñó la pistola arrebatada a Círyl e hizo un solo disparo. La «Smith» de Ned saltó hecha pedazos sin que su dueño sufriera daño alguno. Ned abrió mucho la boca, no creyendo en lo que veían sus ojos. Luego Zervis desvió inmediatamente su atención hacia los que arrastraban a «Ma» Sewon hacia el río. Pero ya era demasiado tarde.

Los dos asesinos habían cumplido su siniestra tarea, y «Ma» flotaba apenas en el agua, a unas ocho yardas de la orilla. Ni siquiera pedía socorro porque el agua que debía estar tragando le impedía hacerlo. Los dos jóvenes de la orilla desenfundaron sus armas. Uno de ellos sabía manejar bien su petardo, porque arrancó cabellos de la cabeza de Luke. Éste no tuvo más remedio que hacer fuego y herirle en un hombro, sin intención de marcarlo para toda la vida. El otro quiso asegurar la puntería demasiado, extendiendo la mano armada, y cuando fue a apretar el gatillo su pistola había sido alcanzada por una bala de Zervis y no era más que un pedazo retorcido de acero.

—Sois unos pobres imbéciles sin experiencia —silabeó Zervis—. Eso es lo primero que os debían haber enseñado vuestros jefes. Ninguno de vosotros sabe pelear costra un enemigo que se defiende. ¡Vamos, todos en hilera y con los brazos en alto! ¡Al que intente una jugada le hago estallar la cabeza!

Ninguno de los jóvenes forajidos podía creer aún que un hombre sólo les hubiera vencido tan fácilmente. Para ellos, cuya única ocupación era obtener dinero como fuese e impresionar a las mujeres, no tenían sentido las innumerables horas de entrenamiento que se exigían a los alumnos de Quántico. Las maniobras de Zervis, que eran una cosa puramente ensayada y científica, les habían parecido algo irreal.

Todos obedecieron apresuradamente con excepción de Ned Shandor.

—Tú también —masculló Luke.

Ned obedeció al fin, pero con las facciones lívidas y contraídas

por la ira. Los puños que antes manejaron las armas estaban crispados, y en los ojos del joven brillaban como dos lucecitas malignas.

—Voy a daros una última oportunidad —dijo Luke—. No tendré más remedio que entregaros si esa mujer se ahoga, pero si alguno de vosotros consigue salvarla olvidaré lo que ha ocurrido hoy. No me gusta enviar a la cárcel a muchachuelos estúpidos que apenas saben lo que es la vida, pero lo haré si no tratáis de remediar el daño causado. Es la última posibilidad que os ofrezco para eludir la condena.

Ciryl fue el primero que corrió hasta la orilla y se lanzó, ante las miradas de sus compañeros. Ned fue tras él.

—¡Imbécil! ¡Apenas sabes nadar!

En el escaso tiempo que llevaban tratándose, Ciryl ya le había confesado que apenas sabía sostenerse en el agua. Pero, ante la sorpresa de todos, se mantuvo y hasta logró llegar muy cerca de «Ma», que se debatía con desesperación antes de hundirse para siempre. Luke Zervis, que no podía abandonar la vigilancia, se acercó también a la orilla. Los jóvenes fueron tras él, sin que ninguno de ellos intentase hacer algo para huir.

El que tenía un balazo en el hombro susurró:

—No entiendo a Ciryl. Parece un tipo dotado de facultades sobrenaturales. Aparece y desaparece de los sitios sin dejar huellas, y ahora... y ahora se sostiene en el agua sin apenas saber nadar.

—Lo que le ocurre es que tiene miedo a ir a la cárcel —dijo Luke—. Por eso ha aprendido a nadar en menos de diez segundos.

Pero aquellas extrañas palabras acerca de las facultades casi sobrenaturales de Ciryl quedaron grabadas en su memoria, y poco tiempo después tendría sobradas ocasiones para meditar en ellas.

Cuando Ciryl pudo sujetar a «Ma», Ned y su otro compañero no herido se lanzaron también, y entre los tres lograron sacar a la exhausta mujer del agua. «Ma», cuando sintió sus pies en tierra firme, se puso a vomitar líquido y a retorcerse sobre la hierba. Luego comenzó a lanzar maldiciones que hubieran hecho enrojecer a un lobo de mar. Luke Zervis la contempló en silencio mientras la mujer se despabilaba.

Todos los jóvenes la contemplaban también. Ciryl tenía una expresión absorta, como si él mismo estuviese maravillado de lo que

acababa de ocurrir. Los otros estaban sinceramente asustados, y Ned Shandor era el único cuya expresión no reflejaba ni miedo ni piedad, como si la moral y los sentimientos no tuvieran significado para él.

Una vez «Ma» pudo considerarse fuera de peligro, Luke decidió:

—Estáis libres. No quiero soltaros ahora un discurso lleno de palabras vacías ni de reprimendas que no ibais a escuchar, pero sí quiero deciros que el destino no volverá a daros otra oportunidad como ésta. Nunca más os la volverá a dar. El que quiera vivir honradamente a partir de ahora tendrá todos los caminos libres y todas las puertas abiertas, porque yo soy el único que conoce vuestro intento de asesinato y no hablaré. Pero si volvéis a cometer otra tontería todo el peso de la Ley caerá sobre vosotros. Puede que ahora ignoréis lo que eso significa, y os deseo que no tengáis que aprenderlo. ¡Vamos, largo de aquí! Regresad a Nueva York a pie y pensad por el camino en lo que pudo haber sucedido. Yo tomaré prestado vuestro coche.

Todos se alejaron con la cabeza baja excepto Ned, que le miraba desafiante. Luke, sin hablar más, instaló a «Ma» junto a sí, en el asiento delantero del automóvil y emprendió el regreso a la ciudad a velocidad moderada. «Ma» le dijo antes de llegar:

—Tengo alquilada una casa cerca de Coney Island. Estoy muy tranquila porque parece que los muertos vienen menos por allí.

—¿Pero a qué clase de muertos se refiere?

«Ma» guardó silencio, y Luke advirtió, mirando de soslayo, que sus manos temblaban de miedo.

La dejó en su casa de Coney Island, que era destartalada y vieja, una de las primeras que se edificaron cerca de la playa, y regresó al hotel de Brooklyn donde se hospedaba.

Miró antes de descender la documentación del automóvil. Ésta estaba a nombre de un tal Campbell, corredor de objetos antiguos y ayudante farmacéutico. Dos profesiones tan dispares hicieron que una sonrisa cuadrada apareciera en los labios del joven. Dejó el coche en el aparcamiento, entró en el hotel y estuvo durmiendo doce horas seguidas.

Al llegar la noche, Holden no había sido informado de nada con relación a la eliminación de «Ma» Sewon. Ni Ned ni ninguno de sus cómplices había comparecido para darle cuenta de la marcha de la

«operación».

Llamó a Campbell, quien no sabía nada tampoco. En vista de ello lo envió a la casita de Coney Island donde había vivido «Ma» hasta poco antes. Y Campbell regresó diciendo que a través de una de las ventanas había visto a la mujer haciendo solitarios. Y que tenía mejor aspecto que nunca.

—¿Es eso cierto, Campbell?

—Completamente cierto. Yo mismo lo he visto.

—Entonces han fallado...

—O nos han traicionado. No caben más que esas dos explicaciones.

—Tienes que traérmelos aquí, Campbell. Tienes que traerlos a todos aquí esta misma noche. Y si alguno se resiste me lo escarmientas para toda su cochina vida.

Cuando Holden hablaba así, no cabían discusiones. Lo que tuviese que ocurrir ocurriría. Campbell se puso en movimiento, y antes de medianoche había recorrido todos los lugares que los jóvenes solían frecuentar, había hecho preguntas en todos los garitos e interrogado a todas las muchachas de vida más que dudosa que solían acompañarles. El resultado negativo le hizo llegar a la conclusión de que, aunque pareciera increíble, los jóvenes estaban en sus casas.

Fue primero a buscar a Ned. Ned estaba en su habitación, escuchando música de «jazz» y fumando cigarrillo tras cigarrillo.

—¿Qué buscas, Campbell?

—Llámame «señor» Campbell.

—Te llamaré como me dé la gana. ¿Qué buscas?

Campbell llevaba a propósito un anillo con un grueso diamante en uno de los dedos de la mano derecha. Cerró el puño y lo disparó contra la cara de Ned, haciendo movimiento de barrena. Toda una de las mejillas del joven quedó marcada para siempre.

Ned intentó sacar el revólver que tenía en uno de los cajones de su mesa, pero Campbell le propinó un puntapié al vientre y lo hizo caer sobre la alfombra. Cuando su hermana entraba, Campbell le propinó con la culata un golpe en el cráneo y la dejó sin sentido. Luego, casi a rastras, se llevó a Ned de allí.

Fue en ese momento cuando, por primera vez en su vida, Ned se dio cuenta de que toda su existencia había sido un terrible error, y

de que quizá Luke había tenido razón al decir que él fue el único amigo de su hermano Thomas. Pero estos pensamientos duraron tan sólo unos minutos. Justo hasta que se encontró dentro de otro de los automóviles de Campbell y éste le preguntó:

—¿Dónde habéis dejado el de color salmón?

—Se lo llevó un federal.

—¿Un queeeeé...?

—Un federal. Él nos amenazó e hizo fracasar todos nuestros planes.

—¿Y por qué estaba un federal con vosotros?

—Yo mismo lo traje.

—¿Con qué objeto?

Campbell preguntaba masticando las palabras. Ned respondió:

—Quería eliminarle. Él fue el culpable de que mataran a mi hermano Thomas.

—¿Eliminar a un federal sin permiso de Holden? —preguntó Campbell con incredulidad—. ¿Sabes tú lo que significa un delito así?

—La silla sin remisión. Pero estaba seguro de que no me descubrirían.

Campbell volvió un poco la cabeza para mirarle con una fría sonrisa.

—¿No, eh? Debe parecerte una tontería que hiciera fracasar lo de «Ma» Sewon. ¿Y dices que mi coche se lo llevó él?

—Eso he dicho.

Campbell frenó junto a la acera, se volvió y empezó a propinar bofetadas a Ned hasta que le dolieron las manos. Ned no se defendía porque sabía que era inútil. Otra vez volvía a darse cuenta de que había cometido un terrible error el día que decidió seguir aquel camino, y la misma rabia que sentía contra sí mismo le impedía reaccionar. Pero al fin y al cabo era dueño de medio millón de dólares...

Aguantó el chaparrón hasta que Campbell tuvo que frotarse las manos, después de dejarle la cara deshecha.

—Límpiate con el trapo que hay en la caja del *tablier*. Quiero que estés guapo y presentable para cuando vayas a buscar a los otros.

—No sé dónde están los otros.

—En sus madrigueras de conejo, asustados igual que tú. Yo

estaré cerca de ti, de modo que intenta gastarme alguna broma y ganarás un balazo en la nuca.

Ned no se atrevió a replicar.

Llegaban a la casa de Círyl, que vivía separado de su familia en una sucia pensión del East River, el barrio donde antes habitó «Ma». La pensión estaba en la planta baja, y Círyl dormía cuando Ned llamó a su puerta. Entre Campbell y él le hicieron vestirse y bajar a la calle para entrar en el automóvil que les estaba aguardando. Campbell decidió no buscar a nadie más porque en tal caso hubiese tenido que colocarlo en el asiento posterior, y eso no le convenía. Tuvo que reafirmarse en ese propósito cuando Círyl le advirtió:

—Charlie fue herido en un hombro.

—¿Sí, eh? Y seguramente habrá ido a un médico y éste habrá dado parte a la policía. A estas horas su casa estará llena de uniformes. Le habéis hecho a Holden la faena más puerca que nadie le ha hecho en toda su vida.

Los dos guardaron silencio. Campbell masculló algunas palabras ininteligibles y no hizo más preguntas hasta que llegaron al lujoso edificio donde habitaba Holden. Éste los recibió en su «sala siglo XVI», espaciosa y amueblada con objetos antiguos, de entre los que destacaba un sillón que tenía todo el aspecto de un ñoño.

Holden se sentó en él y les hizo tomar asiento frente a sí. Sus ademanes eran suaves, pausados, elegantes. A nadie se le hubiera ocurrido pensar, viéndolo, que aquel hombre se exponía a tener dentro de poco a toda la policía de Nueva York encima. Campbell, por el contrario, exageradamente nervioso, paseaba de un lado a otro de la habitación con las manos a la espalda.

—Tendré que salir del Estado —masculló—. La policía habrá relacionado ahora uno de mis automóviles con el asunto de esos mocosos. Si sigo aquí veinticuatro horas más me enviarán a Sing-Sing para toda la vida.

—Estarás bien defendido —aseguró Holden—. ¡Y ahora cállate de una maldita vez! Antes de que amanezca habrás salido de Nueva York si te conviene, pero no me obligues a perder la paciencia porque no respondo de lo que haga.

Campbell se calló.

—Voy a hablar con los dos separadamente —decidió Holden—.

Si hay contradicciones ya nos volveremos a enfrentar los tres. Tú, Shandor, sal de la habitación. Quédate, Círyl.

Círyl se quedó a solas con Holden más de media hora.

Al salir parecía tranquilo y tenía todo el aspecto del que acaba de sostener una conversación amistosa. Campbell y Ned se miraron fijamente porque sabían lo que eso significaba. Cuando Holden no se enfadaba con uno, cuando no se ponía nervioso, era porque ya había resuelto exterminarle. Al pasar junto a Campbell, Ned susurró:

—Si se ha enterado de que fue él quien sacó del agua a «Ma» está irremisiblemente perdido.

Ya a solas con Holden, la pregunta con que éste empezó fue:

—¿Es cierto que Círyl fue el primero en arrojar al agua, cuando el federal os prometió el perdón?

—Es cierto.

Antes de responder, Ned se había pasado la lengua por sus labios resecos. El que cargaría con las consecuencias de lo ocurrido sería Círyl, no él. Lo estaba viendo.

Y algo en el fondo de su alma de cobarde se iba tranquilizando poco a poco.

Holden estaba irritado con él, nervioso. Buena señal. Iba a ser Círyl el que cargase con todo.

—Explícame lo que sucedió —exigió Holden.

Con voz rápida y algo trémula, Ned refirió todo lo que había sucedido desde que Luke y él se encontraron en el Hospital Bellevue, en la sala de identificaciones de la Morgue.

—Fue Círyl el que salvó a «Ma», ¿no?

—Así es.

—¿Cierto?

—Completamente cierto. ¿No lo ha confesado él?

—Sí, pero me gusta estar seguro.

—¿Seguro para qué? —La voz de Ned seguía temblando.

—Cuando se ajustan cuentas, hay que estar convencido de no equivocarse. ¿Qué hay del dinero de tu hermano Thomas?

—¿Qué dinero?

—Mira, Ned, es inútil que intentes engañarme. Supongo que querrás salir de Nueva York.

—Quiero salir cuanto antes.

—Yo podría ayudarte.

—Usted piensa que si salgo de la ciudad será llevándome el dinero, y como estaré vigilado podrá así saber dónde lo oculto. Pues bien, yo deseo irme de aquí, pero no lo haré mientras no sepa el terreno que piso. En el supuesto de que ese dinero existiese no se lo confesaría a nadie, ¿entiende? ¡A nadie!

Holden hizo un gesto vago con la mano derecha.

—Está bien, no he hecho más que un simple comentario. Ése no es asunto mío y no volveremos a hablar de él. Si quieres marcharte de la ciudad puedes hacerlo enseguida; creo que necesitas una buena temporada de descanso. Vete al Oeste, si es posible: a Oregón, a Montana... Allí hay paz.

—Puede que lo haga —dijo vagamente Ned, sabiendo que a partir de aquel momento pisaría siempre un terreno resbaladizo. Mientras el dinero no estuviese fuera de la ciudad, él no se quitaría de encima a Holden y sus secuaces. Debería obrar con infinita prudencia.

—Está bien. ¿Es eso todo lo que quería decirme?

—No, Shandor.

—Pues hable.

—Parece como si estuvieras algo intranquilo, muchacho. Cualquiera diría que entre nosotros ha pasado algo grave, algo... irremediable. ¿Es que en lo sucesivo ya no va a interesarte trabajar con las drogas?

—No sé lo que va a interesarme en lo sucesivo.

—Eso indica que tienes dinero.

Ned arqueó las cejas.

—¿No habíamos dicho que el dinero no volvería a mencionarse más?

—Es cierto, muchacho. ¿Pero qué te ocurre?

—No lo sé. Hágase cargo de que mi hermano ha muerto hace apenas unas horas. Debe ser eso.

—No, Shandor; no ha sido tu hermano. En el fondo tú te consideraste siempre superior a él. Habías adivinado, de una manera instintiva, que su plan le llevaría a la muerte.

Ned reconoció en su interior que eso era cierto, pero no quiso confesarlo.

—Si no es eso, ¿qué otra cosa puede ser? —sonrió Holden.

—Causa risa y vergüenza decirlo —susurró Ned después de unos instantes de reflexión, volviendo la cabeza—. Nadie lo podría creer tal como han ido las cosas. Pero el que me pone nervioso es ese maldito Círyl.

—¿Círyl? ¿Y por qué?

—Ya le he dicho que no tiene sentido. Hace muy poco tiempo que está en el grupo y apenas le conocemos, pero todos han notado en él algo... extraño. ¿Cómo se lo explicaría? No, no hay modo de que me entienda. Usted ve a Círyl y se dice que es un tipo normal, un tipo como todos y hasta algo ridículo con sus costillas flojas y su camiseta de goma. Pero tiene algo de especial, que quizá sea su manera de aparecer y desaparecer de los sitios. O su modo de mirar. Yo qué sé, diablos. No hay explicación para esto, pero es un fulano junto al que no me gustaría estar por las noches.

—¿Sabes que todo eso es ridículo, Ned?

—Es la verdad. Ahora júzguela como quiera.

Holden tendió amistosamente un cigarrillo a Shandor.

—Estás muy mal, muchacho. Nunca creí que los nervios pudieran jugar tan malas pasadas a los hombres sensatos como tú. Repito que te largues a Oregón o a Montana y estés allí un par de meses; luego, cuando estés más tranquilo, regresas a Nueva York y vienes a ver al viejo Holden.

—Hay algo que queda pendiente, sin embargo.

—¿De qué se trata?

—De lo que ha ocurrido hoy.

Holden se puso en pie y palmeó amistosamente la espalda de Ned Shandor, como si ya estuviera olvidado todo lo ocurrido.

—Tengo defectos, pero no el de ser injusto, muchacho. Cuando se trata de ajustar cuentas, sé distinguir quiénes son los verdaderos responsables. De este asunto tiene que preocuparse Círyl mucho más que tú.

Sin saber bien por qué, Ned respiró aliviado. La desaparición de Círyl, su exterminio, su evaporación del mundo de los vivos, le causaba una extraña sensación de alivio. Casi con alegría pensaba que ya no iba a verle más, que aquella rara sensación que su presencia le producía ya no se repetiría nunca. En cuanto Holden actuase...

Holden le miró la cara.

—¿Te ha repasado Campbell, eh?

—Campbell está más condenado a muelle que si los federales le hubiesen echado ya la zarpa. Sentiré que tenga que prescindir de él, Holden, pero esto acabará pagándolo.

—Quizá lo lamente menos de lo que piensas.

Abrió el cajón central de una mesa solemne, labrada en ébano, y extrajo una pequeña «Smith» de medio calibre. Sacó a medias el cargador, para comprobarlo, y la tendió a Ned blandamente.

—Suponga que ahora estarás sin arma.

—No tengo ni un mondadientes afilado.

—Esta tira bien. Lleva el cargador completo. Guárdala y haz de ella un uso prudente, sobre todo mientras tengas a los federales encima.

Ned la sospesó en la mano derecha y la guardó en uno de los bolsillos de su americana, mientras se ponía en pie.

—¿Puedo marcharme?

—Puedes hacerlo, muchacho.

—Le doy permiso para que advierta a Campbell que ya no vendrá a buscarme con malos modos nunca más.

—No te precipites en eso.

Salieron. Holden estaba suave como un guante esta noche, y era porque ya había pensado eliminar a Círyl. Siempre obraba así cuando se preparaba para algo importante. Círyl estaba en la otra habitación, junto con Campbell, fumando y apoyado negligentemente en una de las paredes. Sus ojos brillantes le parecieron a Ned los de un muerto que saliese de su tumba.

—Pasa otra vez, Círyl —invitó Holden.

Círyl pasó. Daba la sensación de que todo aquello no le intranquilizaba en lo más mínimo. Tomó asiento calmosamente en el sillón de Holden, aquel que parecía un trono, y encendió un cigarrillo. Pero aquella tranquilidad podía muy bien ser ficticia, porque algunos movimientos involuntarios denotaban que sus músculos estaban tensos y dispuestos para la acción.

Holden se volvió de espaldas a él y abrió de nuevo el cajón central de la mesa. Hizo una seña a Ned.

—Acércate.

Ned se acercó. Quedó también de espaldas a Círyl. Holden extrajo del cajón un silenciador y se lo tendió con la mano

izquierda.

—Había olvidado esto. Acóplalo.

Ned empuñó la «Smith» con la derecha, procurando que no la viera Cyril, y acopló el silenciador con un solo movimiento preciso y seguro.

Pero en ese instante, cuando los dos estaban todavía vueltos de espaldas a Cyril, oyeron el repentino sonido de un sillón al ser impulsado hacia atrás. Campbell, desde la puerta, gritó:

—¡Cuidado!

Tenía una pistola en la mano y fue a hacer fuego con ella, pero se le encasquilló. Lanzó una maldición mientras Holden y Ned se volvían de un solo salto.

Cyril tenía un revólver en la derecha. Era imposible decir de dónde lo había sacado, porque cuando lo fueron a despertar a su habitación no lo llevaba, o por lo menos no se lo vieron. Pero ahora estaba en su mano e iba a hacer fuego con él. Apuntaba a Holden, y su dedo índice ya iba a cerrarse sobre el gatillo.

Holden, con una voz casi femenina, gritó:

—¡Dispara, Ned! ¡Dispara!

Él ya no tenía tiempo de sacar ningún arma, mientras que Ned la llevaba en la mano. El revólver de Cyril giró velozmente para apuntar al joven, y los dientes de éste chocaron con tal fuerza que produjeron como un chasquido metálico.

Con los ojos entrecerrados empezó a disparar.

La «Smith» funcionaba con una suavidad maravillosa, con una precisión de máquina nueva y recién engrasada que a Ned le producía como un escalofrío de placer en la mano. Tiró a matar y de la forma que Campbell le había enseñado, es decir trazando con las balas una cruz en el pecho. Vio los botones rojos marcarse en la camisa de Cyril y la sangre brotar a raudales, mientras el revólver caía al suelo y Cyril se revolvía lanzando un estertor. Disparó una sola bala y reventó una baldosa del suelo. Ned hizo un nuevo disparo al centro del corazón, sobre seguro, sabiendo que esa bala iba a ser la definitiva.

Cyril quedó de bruces en el suelo, con las manos agarrotadas, y por debajo de su cuerpo empezaron a deslizarse varios hilos de sangre. La alfombra que estaba junto a él quedó empapada.

Holden se mordió los labios, como si aquella situación le

desorientara. Luego se inclinó rápidamente sobre el cuerpo del joven, procurando no mancharse, y le aplicó un oído sobre la espalda.

—Está muerto; le has perforado el corazón —dijo mirando a Ned.

—No he disparado para divertirme.

—Jamás había tenido muertos en esta casa. No sé cómo vamos a arreglamos para sacarlo de aquí. Por lo pronto dame esa pistola, Shandor. Hay que evaporarla lo más pronto posible.

Ned, con un sentimiento de alivio, se la tendió.

—Él le hubiera matado; iba a hacerlo —susurró, como justificando su actitud.

—No trato de reprocharte nada, muchacho. Al contrario, me has salvado la vida. Pero quizá hubiese bastado con herirlo. No sé qué vamos a hacer con él.

—Herido hubiese significado un compromiso peor aún.

—No dejas de tener razón.

Pareció tener una idea repentina y llamó:

—Campbell...

Campbell aún tenía gotitas de sudor helado en la frente.

—Dígame.

—Enrolla el cuerpo en la alfombra, y ésta a la vez la enrollas en una alfombra más grande. Habrá que sacarlo así; no veo otra solución. Llama a Werkel y a Stirling y ordénales que vengan inmediatamente con la camioneta. Que se pongan un mono cada uno y que lleven otras alfombras dentro de la camioneta, para que se vean cuando abran las puertas. Tú, Ned, me ayudarás a hacerlo desaparecer en los muelles.

—No me parece un sitio lo bastante seguro.

—¿Conoces otro mejor?

Ned Shandor tuvo que reconocer que no.

—Nunca se sabe quién ha matado a esos tipos que aparecen flotando de vez en cuando en el agua. Con frecuencia, ni siquiera los identifican. Tú, Campbell, quítale a este toda clase de documentos y arranca de la americana el nombre de la sastrería. No le dejes los gemelos tampoco. Ni los zapatos o la corbata. Antes de una hora estará esto resuelto, Ned.

En efecto, antes de una hora estaba todo concluido. Ned

Shandor, que desconocía la técnica de hacer desaparecer los cuerpos, tuvo ocasión de admirarse ante la precisión y la meticulosidad de las órdenes de Holden. Nada quedó sobre Círyl que pudiera ayudar a identificarle, ni siquiera los cigarrillos que llevaba en uno de los bolsillos de su americana. Durante una hora, Ned estuvo bebiendo y tratando de embrutecerse, mientras Holden, con perfecta calma, repartía órdenes y lo disponía todo. Cuando Werkel y Stirling salieron llevando en hombros aquella macabra alfombra, a Ned le subió a la garganta todo el licor que había bebido.

—Tiene la forma de un cuerpo humano —susurró—. Todos los que la vean sospecharán.

—Estás obsesionado —rió silenciosamente Holden—. Todas las alfombras enrolladas tienen el mismo aspecto.

—Pero tienden a doblarse en el centro, y ésta no.

Holden volvió la cabeza y examinó atentamente la posición de los dos hombres. En parte Ned tenía razón.

—Acercaos algo más. Que la alfombra caiga por los costados. Cuidado al ponerla de pie en el montacargas y al salir de él. Ni un solo movimiento brusco.

Werkel y Stirling hicieron el trabajo a conciencia. Lo único que en realidad llamaba la atención de ellos era que recogieran una alfombra a aquella hora. Holden, Campbell y Ned montaron en la parte delantera de uno de los automóviles del grupo y precedieron a la camioneta a poca velocidad. Nadie se fijó en ellos.

Llegaron a los muelles sin llamar la atención, y durante más de treinta minutos los recorrieron llevando solo encendidas las luces de situación, buscando un lugar adecuado para lanzar el bulto. La brisa de la noche traía hasta Ned el rumor sordo y acompasado del agua, un rumor casi dulce, eterno como la vida y la muerte... Ned se tapó los oídos con las manos.

—¿Qué te ocurre, muchacho?

—Nada. Estoy muy cansado. Sólo es eso.

—Enseguida llegamos.

Habían dado por fin con un embarcadero solitario. Apagaron las luces y descendieron. No se veía un alma por allí. Werkel y Stirling sacaron la alfombra y empezaron a desenrollarla.

El cuerpo de Círyl estaba allí, quieto, blanco como un papel a la

luz espectral de las estrellas.

—Abajo con él. Cuidado —susurró Holden.

Fue Campbell el que lo empujó con los pies. El cuerpo produjo un chapoteo lúgubre al caer al agua. Ned cerró los ojos y sintió que alguien le empujaba hacia el interior del automóvil.

Al alzar los párpados, vio que la camioneta se preparaba a alejarse con las alfombras. Holden le puso un cigarrillo en los labios y se lo encendió. Las luces de Brooklyn brillaban al otro lado de las aguas, en la lejanía.

Ned suspiró:

—¿Qué vais a hacer con sus ropas?

—Quemarlas. Pero más valdría que de ésa te encargaras tú. Si hemos atraído la atención de alguien y hay una investigación no quiero que en mi casa puedan encontrar ninguna clase de cenizas. Es lo primero que buscan. Llevándote tú las ropas las pistas se diluyen, se difuminan.

—Comprendo.

—Quédate tú en el automóvil cuando lleguemos. Campbell te las bajará, bien empaquetadas.

—Comprendo.

—¿Es que no sabes decir otra cosa?

Ned reaccionó.

—Sí, sólo una. Para mi tranquilidad, quiero la «Smith». La haré desaparecer yo mismo. No me gusta que nadie tenga pruebas contra mí, Holden.

—¿Pruebas contra ti? ¿No están en el arma también mis huellas digitales? Tómala, de todos modos. Y quítate el miedo de encima, si puedes.

El frío contacto de la «Smith» le tranquilizó. La pistola volvía a estar cargada. Dijo:

—Vamos a Riverside.

El automóvil se dirigió hacia allí, y Ned mismo arrojó el arma a las aguas del río, bien lejos del cadáver de Círyl, viéndola desaparecer entre las ondas. Luego volvió junto a Campbell y Holden.

Aquella noche regresó a su casa con un fúnebre fardo de ropa bajo el brazo. Su hermana aún estaba esperándole, quieta junto a la mesa del comedor, y había lágrimas en sus ojos.

—¿Puedo encender la chimenea? —preguntó secamente él.

—Ned...

—¡Está bien! ¡No hacen falta discursos a estas horas! ¡La encenderé yo mañana y basta!

Se tendió a dormir dejando el fúnebre paquete de ropa junto a la cabecera de su cama. Quería convencerse de que todo aquello era absurdo, de que él no tenía miedo. Pero durmió con los dientes apretados y su sueño estuvo cargado de pesadillas.

A la mañana siguiente lo primero que hizo fue dirigir sus ojos hacia el paquete.

Pero las ropas ya no estaban allí.

Habían desaparecido.

CAPÍTULO VII

LA VISIONARIA

El hombre estaba allí. Casi no se comprendía que hubiera podido entrar en la habitación sin hacer ruido, como un fantasma. Ned se incorporó de un salto después de ver que habían desaparecido las ropas. Sus ojos se abrieron del todo y vio entonces mejor en la penumbra de la habitación. El hombre estaba allí y le miraba fijamente.

—Hola —dijo secamente, Luke Zervis.

—¿Cómo ha entrado?

—Hace cinco minutos que estoy aquí. Tu hermana misma me ha abierto la puerta. Ella sí que me ha recordado al instante.

Los ojos confundidos de Ned dieron otra vuelta por la habitación. Ni rastro de las ropas. La marca que la noche anterior le dejara Campbell con su anillo le dolía horribilmente. De no ser por eso habría creído que todo había sido una pesadilla.

—¿Qué buscas? —preguntó Luke, al notar la perplejidad de su mirada—. ¿Tus ropas? Aquí están.

Le señalaba las que él había usado la noche anterior. Pero no las de Caryl. Ésas no estaban allí.

—Será inútil que intentes otra de tus jugadas, Luke. Esta vez no conseguirás asustarme. Dame las ropas que has escondido.

—¿Qué ropas? ¿Es que había otras en la habitación?

Ned se exasperó, a pesar de la expresión de sinceridad que había en los ojos del federal.

—¡Estoy harto de bromas! ¡Tenían que estar cuando tú has entrado aquí!

—¿Pero de qué diablos me estás hablando?

Ned miró, como de pasada, la ventana de la habitación. De

repente sus ojos se detuvieron en ella.

—¿Estaba abierta esa ventana cuando tú has entrado aquí?

—Claro que lo estaba. Yo no he tocado nada absolutamente.

—Yo la dejé cerrada anoche —susurró pensativamente Ned.

Luke se encogió de hombros. La verdad era que no entendía nada de todo aquello.

—Eres tú el que está haciendo bromas ahora, Ned. Déjate de preguntas extrañas y hablemos unos instantes. He venido tan temprano precisamente para tener la seguridad de que te encontraría.

Ned saltó del lecho y empezó a vestirse nerviosamente. Advirtió que, a pesar de todos sus esfuerzos, casi no conseguía tenerse en pie. Las rodillas le temblaban.

—¿De modo que esa ventana estaba abierta cuando tú has entrado?

—Claro que lo estaba. ¿Otra vez con esa pregunta?

Los dientes de Ned castañetearon.

—Está habitación se encuentra en una planta baja. Cualquiera pudo haber entrado fácilmente durante la noche.

—¿Pero qué dices? ¡Claro que pudo haber entrado alguien, si tuvo mucho interés! ¿Es que te han robado algo?

—No, nada. Claro que no me han robado nada.

Se estaba abrochando los zapatos cuando vio sobre la alfombra un botón correspondiente a una americana gris. Ni él ni Luke usaban una americana de ese tipo. El botón debía pertenecer por fuerza a la persona que había entrado en su habitación durante la noche.

Guardó el botón en uno de los bolsillos de su pantalón, fingiendo que se lo ajustaba.

¿Quién solía usar un traje gris, entre las personas que él conocía?

Holden, desde luego, tenía alguno. Campbell, en cambio, solía preferir los ternos llamativos. ¿Quién más...?

¡Círyl!

Ned se estremeció, y sus dientes castañetearon de nuevo. Sólo al notar que Luke le estaba contemplando intentó rehacerse.

—¿Qué te ocurre, Ned?

—Ya he dicho que nada. Estoy nervioso. ¿A qué has venido tú?

—Supón que fuese a detenerte. ¿Qué dirías?

—Que eres el puerco más grande que se ha alimentado con la porquería de la ciudad desde que ésta fue fundada. Dijiste que lo de ayer se olvidaría. Que no volverías a insistir más. «Ma» no murió, ¿cierto? ¡No murió!

—Estoy muy lejos de intentar detenerte, Ned. Sólo quiero hacerte una última advertencia.

—Hazla —masculló Ned con acento aburrido. Pese a haber visto muerto a su hermano Thomas aún era demasiado joven para darse cuenta de la gravedad de la situación. Luke susurró:

—Tú tienes una fortuna en tu poder. No sé exactamente dónde, pero la tienes. Si ahora la devuelves quedarás completamente limpio de culpa y no habrá ninguna orden de busca y captura contra ti en el Departamento de Justicia. Si no lo haces, deberás atenerte a unas consecuencias que de ningún modo serán agradables. Me es imposible obtener otro aplazamiento antes de que te envíen un grupo de federales.

—¿Y qué quieres? ¿Qué saque ahora el dinero de debajo de la cama?

—Te doy veinticuatro horas para pensarlo, Ned. No hablo ahora como federal, sino como amigo. Lo hago por última vez. Piensa bien lo que te conviene y luego decide. Pero no intentes salir de la ciudad porque estarás vigilado día y noche.

Los hombres de Holden también le vigilarían. Ned se daba cuenta de que su única posibilidad de disfrutar algún día el dinero consistía en no tocarlo ahora. Debía intentar incluso olvidar por completo su existencia, hasta que todo hubiera pasado.

—Puede que lo piense —dijo vagamente—. Y ahora vuelve a recoger tu credencial y dásela a una rata para que la chupe. Me das lástima.

Luke se puso en pie. Sus ojos brillaban peligrosamente, pero se dominó al llegar a la altura del joven.

—No hables así, Ned.

—¿No?

Sabía que Luke iba a tener paciencia con él. Sabía que iba a tener aguante. Sonrió torcidamente mientras pensaba aprovechar aquello para hacerle beber con sangre todas sus jugadas.

Movió el puño derecho y lo clavó en corto en el estómago de

Luke. Éste gimió, pero no hizo nada por defenderse.

—Quieto, Ned. No me provoques.

Ned le golpeó en el cuello con el canto de la mano, haciéndole lanzar como un estertor.

—Me das lástima, Luke. Lástima...

—Quieto, Ned, o...

Un rodillazo traidor en el bajo vientre.

—Anda, Luke, cobarde, miasma de alcantarilla... ¿no te mueves?

Luke se movió. Hizo subir los dos brazos a la vez en un doble gancho alucinante y envió a Ned sobre la cama con la mandíbula deshecha.

Ned empezó a escupir sangre, y en ese momento la puerta se abrió violentamente para dar paso a Nora.

—Dios mío... ¿qué ocurre?

—Nada... Este amigo fue el que envió al infierno a Thomas —escupió Ned—. Ese maldito perro... El que lo traicionó, el que hizo que...

Luke le cortó secamente:

—Pobre miserable...

Dio media vuelta y salió de la habitación, sin dirigir una mirada a Nora. La muchacha, apoyada en el quicio, con los ojos cenados, se puso a llorar incontinentemente.

Aquella mañana hacía calor. Nueva York vibraba y rechinaba como un maldito horno que funcionase mal. Ned llevando su traje más extremado y unos zapatos de punta afilada que sólo empleaba para bailar, tomó un taxi, se dejó caer sobre el asiento posterior y dijo al chofer:

—A Coney Island, pocho.

El conductor escupió a través de la ventanilla, pero lo llevó. Ned veía desfilas las calles, se fijaba en las muchachas cada vez que les obligaba a detenerse una luz roja y volvía a encontrar el placer de vivir. Al fin y al cabo Nueva York era una bonita ciudad y él podía convertirse en algo así como su dueño. Había allí montañas de cosas apetecibles para que las disfrutara un hombre inteligente como él.

Conocía la dirección de «Ma» Sewon por haberla ido a buscar el día anterior con sus compinches. Se hizo conducir hasta allí, pensando que la vieja no habría encontrado por el momento otro sitio.

En efecto, «Ma» Sewon estaba allí. Tenía los ojos extraviados y no se asustó al verle avanzar, pese a que el día anterior había intentado asesinarla.

—Hola, Ned.

—Me recibe usted muy bien, «Ma». ¿Es que no teme que queramos tomar nuevas represalias?

—Ya no.

«Ma» estaba muy rara esa mañana. Daba la sensación de que se encontraba en otro mundo, de que flotaba en el aire. Ned la examinó detenidamente, con suspicacia.

—¿Por qué no teme?

—Sé que si hicieseis algo contra mí, y me matarais, podría volver.

Un estremecimiento recorrió la espalda de Ned. Pese a ser día laborable, Coney Island bullía como una colmena. De no ser por aquel color, por aquel bullicio, por aquella animación a plena luz del día, Ned hubiese creído que las palabras de la mujer le acababan de transportar al reino de las pesadillas.

—¿Ha bebido usted, «Ma»? —preguntó.

—Nunca bebo por las mañanas, hijo.

—Pues no entiendo por qué diablos tiene que hablar de esa manera.

—Yo sé lo que digo.

—¿No quiere que entremos en la casa?

«Ma» dejó de regar las cuatro plantas mortecinas que crecían en el jardín. Acompañó a Ned hasta el interior de la casa, donde estaba el cuadro.

—Su marido, ¿eh?

—Sí. Tú ya lo conocías.

—Claro que lo conocía. Buen tipo el viejo.

—Sí. Las cosas han ido muy mal desde que él desapareció.

—Paciencia, «Ma». Puede que Holden la admita en la cadena otra vez, si ve que le merece confianza.

Se puso un cigarrillo entre los labios.

—Si Holden pudiera verle como lo veo yo, se daría cuenta de que mi marido me aconseja —farfulló «Ma».

El cigarrillo de Ned cayó a tierra.

—¿Qué dice?

—Él me aconseja.

—¿No ha bebido?

—No hay licor en esta casa, hijo. Si quieres tú mismo puedes comprobarlo. Nada de licor.

Ned miró el cuadro. Estaba colgado cerca de la ventana. Por la noche el reflejo de los anuncios luminosos de Coney Island debía llegar hasta él, debía dotarlo de mil extraños movimientos.

—Cada noche usted diría que se mueve, ¿eh?

—Cierto —susurró «Ma», con la vehemencia de quien por fin encuentra a alguien que le comprende.

—¿Y cuándo se apagan los anuncios?

—No te entiendo, Ned.

—¿Ha intentado usted colocar este cuadro de modo que quedara bien lejos de la ventana?

—No, no lo he intentado. Estuvo aquí desde el primer momento. Cuando alquilé la casita lo traje conmigo y lo puse en ese lugar.

Ned se inclinó para recoger el cigarrillo que antes había caído al suelo. No lo hizo por el valor de lo que podía perder. Lo hizo sólo por rectificar su primera sensación de miedo.

Lo encendió. «Ma» seguía todos sus movimientos con mirada ansiosa y cargada de duda.

—Sigo sin entenderte, Ned. ¿Por qué has dicho antes lo del sitio dónde está colocado el cuadro?

—Por la luz. Ya es usted lo bastante vieja para tantas imbecilidades, «Ma». Los anuncios luminosos guiñan aquí casi toda la condenada noche. Si yo pongo un cuadro como este junto a la ventana y lo miro fijamente acabaré por ver que se mueve. La luz de los anuncios, sobre todo cuando son de colores, produce esos efectos.

«Ma» se acercó un poco a él.

—Me estás tomando por una visionaria, ¿verdad?

—No la tomo por nada. Sencillamente creo que por las noches debería acostarse enseguida y hacer lo posible para dormir. ¿Quiere que me lleve ese cuadro?

—¡Oh, no, de ninguna manera!

—No le hace más que mal.

—Pero es un recuerdo. Además así le veo todas las noches. Él me habla y me aconseja.

«Visionaria», pensó fríamente Ned.

Se sentía muy tranquilo esta mañana, como si no tuviera detrás a los federales y a los de la banda de Holden, y estaba dispuesto a analizarlo todo fríamente y con calma. Todo lo que le pasaba a «Ma» Sewon —sólo justificado por sus muchos sufrimientos—, le pareció lastimoso y ridículo.

—Más valdrá que deje esta casa y pierda el alquiler. Hay pensiones baratas en la ciudad para mujeres como usted. Envíe al infierno el cuadro y todos los recuerdos. Busque una buena habitación, métase en cama y bébase una botella de ginebra. Verá qué pronto olvida todas esas preocupaciones ridículas.

—Es difícil. No son preocupaciones.

—¡Bah!

Ned dio una vuelta por la habitación. Sus ojos distraídos lo examinaban superficialmente todo. De pronto se detuvo y sus músculos se envararon con una sensación de calambre.

Allí estaban las ropas.

Las mismas que le dieran la noche anterior, para quemarlas. Estaban manchadas aún. Había las mismas arrugas en el cuero de los zapatos. Las ropas desaparecidas. La saliva formó como una masa sólida y picante en la garganta de Ned.

—¿Y esas ropas? —balbució—. ¿Cómo están aquí?

«Ma» Sewon apenas prestó atención a la respuesta rutinaria.

—¿Cómo? Pues porque su mismo dueño me las entregó. Círyl mismo las ha traído aquí esta mañana.

CAPÍTULO VIII

MEDIO MILLÓN DE DÓLARES

El taxi se detuvo ante la casa con un brusco chirrido de frenos y de él saltó un hombre.

Aquel hombre trataba de andar con naturalidad y de mostrarse tranquilo, pero cualquiera hubiese notado que sus facciones estaban desencajadas y que sus manos se abrían y cerraban espasmódicamente.

El hombre, que no era sino el joven Ned Shandor, penetró en el regio edificio ante el cual se había detenido el taxi y se introdujo en uno de los ascensores para que lo elevase hasta el piso dieciocho.

La casa no era muy grande, en comparación con otras de la ciudad, y se alquilaba por departamentos amueblados. Tenía fama sospechosa en los alrededores, puesto que la mayor parte de los inquilinos eran mujeres, y no viejas precisamente. Holden, uno de los pocos inquilinos varones, tenía tres suntuosos departamentos alquilados allí.

Un respetuoso mayordomo a quien Ned ya conocía, abrió la puerta al joven.

—Deseo ver a Holden.

—El señor está ocupado; no podrá recibirle ahora.

—¡Qué señor ni qué mandangas! Holden es un sinvergüenza como yo, y usted debería estar sirviendo en otra casa más digna. ¡Apártese!

Dio un empujón al hombre y llegó hasta las habitaciones que sabía ocupadas por Holden. Dio un puntapié a la puerta y la abrió. Dentro, Holden estaba a punto de besar a una rubia. Lanzó una maldición al ver a Ned y apartó bruscamente a la mujer de su lado.

—¿Qué quieres ahora tú, idiota?

Ned le miraba con ojos extraviados. Estaba en un punto más allá del valor y del miedo, se sentía dominado por sensaciones que rozaban lo sobrenatural y eran para él invencibles. A Holden le bastó ver aquella mandíbula temblorosa, aquellos ojos que se salían de las órbitas para comprender que algo demasiado fuerte le pasaba a Ned. Dijo a la rubia:

—Largo de aquí, Marta.

—Pero...

—¡He dicho que largo de aquí!

La rubia salió y antes de atravesar la puerta le escupió a la cara a Ned.

Ned apenas se dio cuenta.

—Bien, ya has conseguido tu propósito —dijo Holden sentándose en el «trono»—. Me has fastidiado como solo los moscones sabéis hacerlo. ¿Qué cuerno te pasa ahora?

Ned dominó a viva fuerza el espasmódico temblor de su mandíbula.

—¿Qué ha ocurrido con Círyl?

—¿Que qué ha ocurrido con Círyl? Pero tú estás borracho, hijo mío. A Círyl le descerrajaste ayer tú mismo media docena de balazos. Luego lo arrojamos al agua y tú te llevaste sus ropas. ¿Es que no lo recuerdas o te estás burlando de mí?

No. La expresión de Ned indicaba que no se estaba burlando de nadie. En sus ojos desencajados había algo que hizo estremecer los de Holden. Quizá nunca había visto una cara así, por lo menos en un hombre vivo.

—Lo recuerdo todo perfectamente —dijo Ned—, pero quiero que me lo repita. ¿Qué hicimos?

—Círyl se puso tonto, ya lo sabes, y no hubo más remedio que ajustarle las cuentas. Tú te portaste como un hombre, Ned. Fuiste tú quien le hizo papilla a balazos. ¿Te acuerdas o no?

En la pronunciación de Holden empezaba a latir ya como un matiz de nerviosismo.

—Siga —dijo secamente Ned.

—Está bien, te lo explicaré todo para que esta noche puedas dormir tranquilo. Después de cribarle la piel avisamos a la camioneta, lo metimos en una alfombra y fue a parar a las aguas del puerto. Aún tiene que estar allí. ¿Es que has perdido los nervios,

muchacho?

—He estado viendo a «Ma» —dijo Ned secándose con el dorso de la mano el sudor que resbalaba por su frente.

—¿«Ma»? ¿Esa visionaria?

—No tan visionaria. Ella me ha dicho que Círyl mismo le había llevado sus propias ropas.

A pesar de la expresión angustiada de Ned, Holden lanzó una carcajada seca y tuvo que agarrarse a los brazos del sillón. Estuvo riendo, con la boca babeante, hasta que Ned apretó los puños gritando:

—¡Cállese!

Holden se calló. Sus facciones se habían ensombrecido.

—Mira, Ned, aquí soy el jefe y no admito imposiciones de nadie, pero sólo por lo bien que te portaste anoche voy a perder tiempo escuchándote. ¿Cómo dices que Círyl llevó sus ropas a «Ma», si Círyl está muerto y sus ropas las tenías tú mismo?

—¡Las ropas me fueron robadas esta noche! ¡Alguien entró por la ventana y se las llevó! —gritó Ned histéricamente.

—¿Has bebido, muchacho?

—Ni una gota. Y no soy un visionario, no soy un idiota, ni un jovencuelo que se impresiona con las películas de terror. ¡Maldita sea, yo tengo dos ojos que ven lo que ven y dos manos que tocan lo que tocan! ¡Quiero que me explique lo que sucede, Holden!

—¿Y qué te voy a explicar? —El acento de Holden era casi dulce—. Tú mismo liquidaste a Círyl, y te hallaste de ver cómo la sangre manaba por sus heridas. Ayudaste a arrojar su cadáver al agua e hiciste desaparecer la pistola con tus manos. Supongo que recuerdas todo esto. ¿Por qué hacer caso a una visionaria como «Ma»? ¿No dice ella también que continuamente está viendo a su marido, el cual murió hace tiempo?

—Es cierto —reconoció Ned, dejándose caer abrumado sobre una de las butacas.

—Los que tratan con visionarios acaban viendo visiones también. Aquí se han dado unas cuantas circunstancias que por separado no significan nada, pero que todas juntas han logrado alterar tus nervios. Dime, ¿no ha ocurrido algún otro robo en las cercanías de tu domicilio?

—A diario ocurren, sobre todo en los pisos bajos. Los culpables

son casi siempre muchachos que entran por las ventanas y se apoderan de todo lo que encuentran a mano porque necesitan dinero para divertirse.

El gran corruptor que era Holden palmeó amistosamente una de las rodillas de Ned, para decir:

—Confiesa que tú también has cometido alguno de esos pequeños robos, antes de entrar en nuestra organización.

—Sí.

—Luego viste unas ropas parecidas en casa de «Ma» y, según como se hubiese desarrollado la conversación, supongo que a ella no le costaría ningún trabajo decir que se las había llevado el mismo Cirył. Las viejas visionarias chifladas se pirran por esas cosas.

Sintió como un picotazo junto al corazón.



Sintió como un picotazo junto al corazón.

¿Recuerdas cómo fue la conversación?

Ned hizo un esfuerzo de memoria.

—No, no recuerdo, pero es posible que fuese como usted dice. Supongo que el que sufre pesadillas es el último en darse cuenta de lo que le sucede, aunque todo el mundo se lo diga.

—Eso es precisamente lo que ocurre, Ned. A ti te impresionó mucho la muerte de Círyl y no eres dueño de tus nervios. Voy a sugerirte una solución.

—¿Cuál?

Antes de responder, Holden extrajo una llave de uno de sus bolsillos y la arrojó a las manos de Ned.

—¿Qué es esto? —preguntó el joven.

—Es la llave de la casa del pantano. Tú la has oído mencionar. Está a cincuenta millas de Nueva York y muchas veces voy allí a pasar breves temporadas de descanso. Te dejaré un automóvil y vas allí esta misma noche. Estás en la casa todo el tiempo que necesites, y cuando vuelvas tus nervios se habrán calmado. Allí encontrarás una doncella y todo lo preciso. ¿Necesitas dinero?

Ned tuvo hipocresía suficiente para decir:

—Sí.

Holden se acercó a la mesa de donde la noche antes sacara la pistola y extrajo ahora un fajo de billetes que tendió al joven.

—Vete ahora a cualquier hotel, descansa y dentro de un par de horas vienes a recoger el automóvil. Si quieres tardar más, tarda más. En una palabra, haz lo que te venga en gana, Ned, porque ésa será la mejor medicina para ti.

Ned tomó el dinero, lo guardó y se fue a un lujoso hotel de las cercanías, donde alquiló una habitación por veinticuatro horas. Se tumbó en la cama y consiguió dormir.

Cuando despertó, era ya de noche. El neón de un anuncio luminoso guiñaba en las cercanías. Las ventanas estaban abiertas y la habitación se llenaba a intervalos de tonalidades azules, anaranjadas, rojas.

Ned se vistió, se aseó y marchó del hotel, yendo en dirección al departamento de Holden para que le entregara el automóvil.

Un «De Soto» verde estaba detenido ante la puerta, con la llave de contacto puesta. Ned, que conocía aquel automóvil, se puso al volante y arrancó sin más averiguaciones. Enfiló a poca velocidad hacia unas salas de billares situadas en el lejano Harlem, donde al mismo tiempo se guardaban paquetes bajo consigna. Ned tenía allí dos maletas.

Llegó frente al establecimiento cuando sonaban las once de la noche. Había allí poca gente, y la mayor parte de las mesas estaban

vacías. Las bolas, al chocar, producían un sonido suave, casi dulce. En un bar fronterero una gramola automática desgranaba música de orquesta. El ambiente era tan tranquilo y plácido que Ned tuvo incluso una sensación de descanso al llegar allí.

El encargado del guarda-objetos iba a retirarse. Ned le tendió un talón.

—Son aquellas dos maletas —indicó.

El empleado se había vuelto para recogerlas cuando algo duro se clavó en la espalda del joven.

—Quieto, muñeco.

Ned se volvió en parte, mirando hacia su espalda. Campbell le tenía encañonado y observaba las dos maletas con ojos brillantes como bengalas.

—Ahí tienes el dinero, ¿eh?

Ned sonrió suavemente. Ninguno de los que jugaban al billar dos yardas más allá se había dado cuenta de nada. Campbell hizo más insistente la presión de su pistola.

—No vengo solo. Hay un compañero en la puerta. Pásame eso si no quieres que te deje seco aquí mismo.

Las maletas estaban ya sobre el mostrador. Campbell se apartó un poco para apoderarse de una de ellas, dejando la otra para el de la puerta. ¡Medio millón de dólares ganado con aquella facilidad! Pero en el momento en que tendía la mano se oyó una voz metálica a su espalda:

—Sujétala, Campbell y te abraso.

Campbell se volvió como si le hubiese picado un reptil. Su automática trazó un círculo buscando al nuevo enemigo, que debía estar cerca de la entrada. Lo vio. Era Luke Zervis.

Campbell lanzó una imprecación:

—¡Maldito feder...!

Apretó el gatillo, con las facciones crispadas, mientras intentaba dar un salto de costado. Luke disparó también, una sola vez, y la bala penetró por debajo de la mandíbula de Campbell, llegando hasta su cráneo. Pareció como si Campbell fuese un satélite artificial norteamericano. Salió disparado hacia arriba, pareció desintegrarse en el aire y cayó.

El de la puerta, que ni siquiera comprendía cómo Luke Zervis podía estar allí, se puso en acción inmediatamente. Quiso apoyarse

en uno de los quicios, sacó su automática y disparó tres veces.

Cuando hizo el tercer disparo, estaba ya muerto. Luke había apretado otra vez el gatillo de su «38». La bala perforó al «gángster» el pabellón de la oreja y lo mató en el acto. Campbell y su lugarteniente habían muerto en menos de diez segundos. Ya no habría ni mujeres hermosas ni automóviles último modelo en su vida. Probablemente el coche que les llevaría al cementerio sería algún trasto pasado de moda.

Luke Zervis buscó entonces con los ojos a Ned y se dio cuenta de que el joven había desaparecido.

Una triste sonrisa de comprensión afloró a su semblante. Ned no era tonto. Aquello había sido toda una señora jugada.

Cuando el federal abrió las maletas disparando un tiro en cada cerradura, sabía que estaban llenas de algo sin valor. En efecto, no había en ellas más que libros viejos y ropa usada. La fortuna que había costado la vida a Thomas Shandor estaba oculta en otro sitio.

Ned había depositado allí las maletas para ver quién le seguía y de qué modo. Un poco más de suerte y todos los enemigos de Ned, es decir, Campbell y él, se hubiesen asado a tiros en aquel local sin causarle un solo rasguño al jovenzuelo, que quedaba libre. Ahora Ned iría a buscar las maletas donde verdaderamente se ocultaba el dinero. Ahora les había dado esquinazo y ya nadie le perseguía.

Con las facciones contraídas, Luke Zervis, el federal, guardó su revólver y salió corriendo a la calle.

CAPÍTULO IX

LA CASA DEL PANTANO

En lugar de dirigirse inmediatamente a la casa del pantano, Ned fue a Coney Island en busca de «Ma» Sewon.

La mujer estaba sentada en una silla, a oscuras, mirando el cuadro, cuando él entró.

Los mil anuncios luminosos de aquella zona se reflejaban sobre el cuadro, y sus cambiantes tonalidades daban la sensación de que la imagen se movía.

«Ma» volvió la cabeza al oír entrar a Ned.

—Vamos, prepárese. Nos marchamos.

—¿Pero es que...?

—No tema, «Ma». Nada va a sucederle. Pretendo únicamente que me acompañe a la casa del pantano, una de las mansiones de Holden. Me sentiré más seguro si está usted allí.

—¿Pero por qué?

—Porque así veremos si vuelve a encontrarse con Caryl.

La mujer se dejó conducir. En realidad ya no era dueña de su voluntad desde hacía mucho tiempo. El magnífico «De Soto» los condujo a gran velocidad hacia el norte, por la ruta nacional de Boston. Mientras conducía, una tempestad de pensamientos azotaba el cerebro de Ned Shandor.

No iría ahora a recoger las maletas conteniendo el dinero. En el caso de que Luke Zervis, el endiablado tirador, hubiese conseguido acabar con Campbell y su compañero, se habría llevado las maletas, y el encargado del guarda-objetos lo declararía, así a Holden cuando éste se enterase de la muelle de su lugarteniente y acudiera a informarse. Creería entonces que el dinero estaba ya en poder de los federales, y renunciaría a buscarlo más. No, no había que

precipitarse.

Una hora de rodar por la ruta nacional y luego por una carretera secundaria le bastó para llegar hasta la casa del pantano.

El edificio estaba rodeado por una tupida vegetación, que a estas horas de la noche tenía un aspecto extraño y siniestro. Entre los árboles había un pequeño embalse que daba nombre a la casa. Las aves nocturnas alzaron el vuelo cuando los faros del coche disiparon las tinieblas.

Una bonita doncella acudió a abrir antes de que Ned usase la llave. Parecía estar acostumbrada a recibir visitas a cualquier hora, y no hizo preguntas. Ned le ordenó que instalara a «Ma» en uno de los mejores dormitorios, y él se acostó vestido en un diván de la biblioteca.

Su propósito era estar tres o cuatro días allí mientras esperaba los acontecimientos. Y quizá, en efecto, la casa del pantano lograra tranquilizarle los nervios.

Serían las tres de la madrugada cuando despertó sobresaltado, con la sensación de que alguien más estaba en la habitación.

La luz de la luna entraba por las ventanas y arrancaba débiles reflejos a los lomos de los libros alineados en las estanterías. Los sillones de cuero de la biblioteca tenían un raro aspecto de animales al acecho, de sombras dispuestas a saltar. Una suave corriente de aire hacía mover las cortinillas de una ventana, que oscilaban con regularidad de péndulo. Un suavísimo quejido de madera llenaba la habitación. Ned se puso en pie. De repente se encendió luz en la habitación contigua y una raya luminosa se marcó por debajo de la puerta.

La misma sombra de Ned parecía sobrenatural al proyectarse bajo los rayos de la luna.

Abrió la puerta muy poco a poco. La madera lanzó un quejido. En la habitación contigua, que era un saloncito, estaba encendida la araña central. No había nadie allí. El único signo de vida era un cigarrillo que se consumía lentamente sobre uno de los ceniceros.

Ned miró a su alrededor. Oyó un extraño chasquido y tardó en darse cuenta de que era el castañetear de sus propios dientes. ¿Quién había encendido aquel cigarrillo? ¿Quién estuvo en aquella, habitación mientras él dormía?

Todo lo que había dicho «Ma» sobre los muertos que venían a

visitarla acudió al cerebro de Ned en fracciones de segundo.

Luego otra contracción instintiva de todos los músculos del joven. El chasquido de sus mandíbulas se oyó en toda la habitación. ¡En la biblioteca, en la habitación donde él estuviera hasta minutos antes, alguien acababa de encender las luces!

Fue el mismo miedo que sentía lo que obligó a moverse a Ned. Dio un salto y entró de nuevo en la biblioteca. Todo estaba en orden allí, tal como lo había dejado, excepto las luces encendidas y un cigarrillo que se consumía lentamente sobre el cenicero más cercano.

Ned miró a su alrededor. Tardó unos segundos en comprender que la biblioteca sólo tenía dos puertas, la que él ocupaba y la que daba a la terraza. Era esta última, por tanto, la única que podía haber empleado su misterioso visitante.

Salíó. La luna arrancaba sombras a cada relieve, a cada objeto. No obstante había en la terraza extensas zonas de penumbra, en los lugares cubiertos por los elegantes toldos de verano.

Pensando serenarse, Ned fue hacia una de esas zonas, y se colocó un cigarrillo entre los labios. Todo aquello era absurdo, no era más que una maldita pesadilla. Oprimió el resorte del encendedor y brotó la llamita. Ésta duró sólo un segundo. De repente los dedos de Ned se aflojaron y el aparato cayó al suelo.

Allí estaba.

Las mismas ropas de cuando lo mató, la misma sonrisa, las mismas manos finas y aquellos ojos diabólicos que le habían obsesionado desde el primer día que los vio. Allí estaba.

La llamita del encendedor había puesto al descubierto a Cirył quieto en una de las zonas de penumbra, mirándole, acechando.

Ned, que en el fondo de su alma era un cobarde, lanzó un grito de honor.

Las manos subieron hasta sus ojos con un movimiento reflejo, sin que la voluntad interviniese. Durante unos instantes, Ned esperó sin moverse a que Cirył se acercase a él, a que sucediese algo terrible. Pero nada ocurrió. Transcurrió un largo minuto y sólo los chillidos de las aves nocturnas se escucharon en la tenaza; la noche entera estaba llena de presagios. Ned retiró las manos de sus ojos.

Miró hacia el lugar donde había visto a Cirył. Ahora ya se había acostumbrado a las tinieblas. La tenaza estaba completamente

vacía.

Durante varios minutos, mientras respiraba fatigosamente, Ned se negó a reaccionar.

No podía comprender que lo ocurrido fuera sólo una pesadilla. El mismo había visto a Círyl, había estado a punto de tocarlo. ¿O es que se había vuelto loco, como «Ma» Sewon?

Corrió hacia el dormitorio de la mujer y penetró en tromba, encendiendo todas las luces a su paso «Ma» se incorporó en el lecho, sobresaltada, al oírle entrar.

—¿Qué... qué ocurre, Ned?

—Tengo que preguntarle algo que le debí haber preguntado por el camino, «Ma». ¿Es cierto lo que me dijo de Círyl y de las ropas que había llevado a su casa?

—Claro que es cierto, hijo. Y además yo también había olvidado decirte una cosa.

—¿Cuál?

—Que poco después de marchar tú, él vino y volvió a llevarse su ropa.

Otra vez se oyó un chasquido en la habitación, y Ned tardó en comprender que había sido causado por sus propios dientes.

—¿Dice... que vino luego a llevarse su ropa?

—Eso he dicho. Creo que se me entiende.

—¿Por consiguiente... usted lo vio dos veces?

—Lo vi y estuve hablando con él. No creerás que bromeo. ¿Pero qué te ocurre, Ned? ¿Estás enfermo?

Ned sentía un zumbido en sus venas, en su cráneo. Parecía como si toda su sangre fuese a escapar por la llaga angustiada que sentía en su garganta. Sus manos se abrieron y cerraron varias veces cuando dijo:

—Creo que debemos marcharnos inmediatamente de esta casa, «Ma».

—¿Pero por qué? Nunca había dormido en una cama tan cómoda como ésta.

—Usted puede quedarse, si tiene mucho interés, pero yo salgo inmediatamente de aquí. Dígame: ¿ha visto a Círyl esta noche?

—Esta noche, no. Desde el momento en que me acosté quedé profundamente dormida.

—Siga durmiendo, «Ma». Y si mañana le pregunta alguien a qué

hora salí de aquí, diga que no lo sabe, porque estuvo dormida toda la noche.

—Está bien, así lo haré.

«Ma» parecía perfectamente tranquila. Acostumbrada a vivir en un mundo de pesadilla, daba a aquello la misma importancia que si una gota de lluvia hubiese salpicado el cristal de la ventana. Ned, con mano temblorosa, apagó las luces y salió de la habitación.

Toda la casa, desconocida para él, estaba a oscuras, y de sus rincones parecía surgir un extraño latido que era como el latido intenso de la noche.

Ned, que estaba completamente vestido, descendió las monumentales escaleras y salió a la extensa explanada del parque que se abría delante de la casa. El «De Soto», estaba allí, esperándole.

Se dirigió a él a grandes zancadas, fue a abrir la portezuela delantera y en ese instante un estremecimiento de horror recorrió todos los músculos de su cuerpo.

Dentro del automóvil, en el asiento posterior, sentado junto a la portezuela, estaba Círyl.

Ahora lo veía bien. No lo estaba distinguiendo a la luz de una llamita mortecina, sino de los rayos lunares que se proyectaban de pleno en su cara extrañamente blanca. De no ser porque les separaba el cristal de la portezuela, Ned habría lanzado un alarido de horror.

Y en ese momento el cristal de la portezuela empezó a bajar lentamente.

Luke Zervis, después de salir de la sala de billares, había corrido unas cuantas yardas en busca de un teléfono público. Antes de que lo hallara, dos agentes uniformados doblaron la esquina más inmediata y casi tropezaron con él, atraídos por el tiroteo.

El joven, aunque no llevaba credencial, se dirigió a ellos inmediatamente.

—Soy Luke Zervis, agente especial del

F. B. I.

Les ruego que me acompañen hasta esta sala de billares que pueden ver antes de llegar a la próxima esquina. Luego uno de ustedes tendrá que telefonar.

Ninguno de los agentes preguntó nada. A paso de carga entraron

en el local, donde los clientes aún no habían tenido tiempo ni para reaccionar y acercarse a los dos cadáveres.

—Es necesario que se hagan cargo de esas dos maletas —ordenó Luke, después de cerrarlas cuidadosamente—. He sido yo quien ha tenido que dar muerte a esos dos hombres, de modo que podrán ahorrarse trámites. Voy a registrarlos.

Se arrodilló primero junto a Campbell, extrayendo su cartera y cuántos papeles llevaba en los bolsillos. Uno de los agentes, mientras tanto, había salido en busca de un teléfono. En el guarda-objetos no había ninguno. El otro miraba a Luke con expresión de curiosidad.

Los documentos de Campbell no arrojaban ninguna luz sobre el objetivo que perseguía Luke, y que consistía en saber quién era la persona que le había enviado allí. La actuación de aquellos dos hombres antes de morir era una prueba lo bastante concluyente para que el fiscal del distrito pudiera solicitar para su jefe la última pena. Luke sabía que estaba a un paso del final, y que si lograba capturar antes de que huyese al hombre que movía los hilos de aquella trama, todo el tráfico de drogas en el sector de Nueva York quedaría desarticulado.

Se puso en pie sosteniendo entre sus dedos una agenda encontrada en los bolsillos de Campbell y que era lo único interesante que éste llevaba encima. En aquella agenda había docenas de direcciones y de números de teléfono. Demasiados. Seguramente solo tres o cuatro de ellos eran importantes, pero Campbell debía haber copiado allí los nombres y direcciones más inocentes —direcciones donde seguramente ni le conocerían—, para desorientar a cualquiera que lograra apoderarse de aquella agenda.

Si tenía que examinarla atentamente y comprobar las direcciones perdería más de veinticuatro horas. Y Luke no tenía tiempo para perder.

Estaba pensando en eso, y diciéndose que la pesada tarea de seguir a Ned le había dado pocos resultados, cuando un coche patrullero se detuvo ante la puerta del establecimiento.

Un sargento y tres guardias uniformados entraron al galope.

Inmediatamente rodearon al cadáver, y el sargento empezó a repartir órdenes en voz alta y a hacerse el importante delante de la gente. Cuando volvió el rostro hacia el polizone que les había

telefoneado fue para preguntar:

—¿Dónde está el tipo que les mató?

—Ahí mismo. Es aquel de...

Pero los dos hombres tuvieron que cambiar una mirada de sorpresa. Luke había vuelto a evaporarse como una sombra. Ya no estaba allí.

El federal, valiéndose de una llave de contacto falsa, acababa de apoderarse del automóvil que condujo a Campbell hasta allí y rodaba en él a buena velocidad hacia las calles del centro.

Por fin había encontrado una buena pista.

CAPÍTULO X

LA MUERTE LLEGA DE NOCHE

Ned Shandor se llevó ambas manos a los ojos y lanzó un gemido que se extendió por el solitario parque, bajo la noche. Sin darse cuenta saltó hacia atrás y tropezó con las ramas bajas de un árbol. Cayó a tierra y entonces retiró las manos de los ojos. El automóvil, quieto y silencioso, seguía allí. Ya no se veía a nadie junto al cristal del departamento posterior. Cirył había desaparecido.

Jadeando, Ned se puso en pie y miró mejor. Nada. No había nadie dentro del «De Soto». La tapicería rebrillaba de puro nueva al ser acariciada por los rayos de la luna. Parecía como si todo hubiese sido una macabra visión, una pesadilla.

No se atrevió a abrir la portezuela y marchar en el automóvil. Cirył podía seguir allí, podía aparecer en cualquier otro momento. Los ojos de Ned miraban extraviados todos los rincones de la noche. El único rumor que se escuchaba era el de las hojas al ser mecidas por el viento.

Ned volvió al interior de la casa. Toda su cobardía, toda la miseria moral que había ido asimilando durante varios años en las calles de Nueva York y en los «gangs» juveniles, se ponía ahora de manifiesto. Se hubiese arrojado a un pozo sin fondo caso de saber que por allí podía huir. Entró en la casa y vio a «Ma» Sewon, levantada, al pie de la escalera. «Ma» Sewon también parecía un fantasma.

—¿Qué te ocurre, Ned? ¿Qué han sido esos gritos?

—¡Cirył! ¡Cirył está ahí!

—Claro, hijo —dijo «Ma» Sewon con una terrorífica naturalidad—. Ya te he dicho que ha estado hablando conmigo un par de veces en las últimas veinticuatro horas.

—¡Pero Ciryl está muerto! ¿Es que no lo comprende? ¡Yo mismo lo acibillé a balazos! ¡Yo mismo lo maté!

—Cierto —dijo «Ma» tranquilamente—. Su camisa tenía varios agujeros redondos, como de balas.

Ned Shandor estaba a punto de perder el sentido. Las palabras de aquella visionaria, el misterio condenado de la noche, ¡la presencia de Ciryl allí! Todo eso le volvía loco y hacía que la sangre afluyese a su cerebro a golpes, a mazazos. Notaba en la garganta como un sabor dulzón, igual que si se le hubiera roto alguna arteria.

De repente cayó al suelo.

—¡Estoy arrepentido, «Ma»! ¡No soy más que un perro cobarde, un perro maldito de las calles! ¡No merezco vivir y ahora ha llegado mi hora! ¡Yo ayudé a mi hermano a condenarse, yo he enviado al infierno a varios hombres por un cochino puñado de monedas! ¡Diga que tengan piedad de mí, «Ma»!... ¡Diga que tengan piedad!...

Su voz desgarrada era rota por los estertores, por las lágrimas. Ahora se advertía claramente que Ned Shandor, con todo su aplomo, su tipo de hombre duro, su cinismo, no era más que un niño, y además un niño blando y cobarde. «Ma», que había tratado durante toda su vida gentes de los bajos fondos, sintió pena y asco de él.

—¿De veras dices que Ciryl está muerto, Ned?

—¡De verdad! ¡Lo maté yo mismo! ¡Yo mismo!

—Entonces vuélvete.

Ned, que estaba de rodillas, se volvió. No llegó ni tan sólo a girar por completo la cabeza. Un grito de horror infrahumano escapó de su garganta y cayó al suelo con todo su cuerpo. Había visto a Ciryl detrás de él. Ciryl, que tendía las manos hacia él y casi le rozaba cuando «Ma» le hizo volver la cabeza.

Ned, en el suelo, retorciéndose como un reptil, gimiendo espasmódicamente, sintió cómo las manos de Ciryl se acercaban a su garganta. Quería huir, quería arrastrarse por el suelo, pero las fuerzas le habían abandonado y ni eso era capaz de hacer. Con las manos agarrotadas, con la boca entreabierta, sintió que las manos de Ciryl le obligaban a girar sobre sí mismo.

Así. De cara a él.

De cara al hombre al que había matado poco antes.

Ned era incapaz de reaccionar, de moverse. El chulo de las calles

de la ciudad daba ahora pena. Con los ojos dilatados por el horror, vio las manos de Cirył, aquellas manos blancas y suaves que conocía tan bien, que se iban acercando, acercando...

Diez garfios de hierro se enroscaron alrededor de su garganta.

Cirył comenzó a estrangularle. Nada le iba a ser tan fácil como matar a un hombre que ya estaba muerto por el horror, por su propio espanto. Los dedos trabajaron sabía e implacablemente, sin conceder tregua ni piedad, hasta que Ned Shandor lanzó el último estertor.

Cirył, concluido su siniestro trabajo, miró al muerto. Éste tenía los ojos horriblemente dilatados, clavados en él, y parecía mirarle también fijamente. Cirył se sacudió las manos. Miró a «Ma».

—¡Usted! ¡Lárguese de aquí! ¡Salga de la ciudad o la enviaré también al infierno!

En aquel momento una voz silbó desde la puerta:

—El que va a ir al infierno eres tú, hijo de hiena.

Cirył se volvió con una fantástica rapidez, mientras de su funda axilar extraía una «Luger». Un disparo resonó con la sequedad de un trallazo junto a la puerta de la casa, y Cirył soltó el arma, mientras crispaba la mano derecha atravesada por la bala.

Holden y tres hombres más acababan de entrar en la casa. Todos sostenían pistolas de gran calibre menos uno, que empuñaba una metralleta. Cirył, con el rostro deformado por una mueca, los contempló a los cuatro.

—¿Qué es esto? ¿Una Pampa?

—Te dije que no lo mataras, Cirył. Debías asustarlo solamente. La vida de este cerdo valía para nosotros exactamente medio millón de dólares. ¿Quieres decimos, cariño, quién nos va a explicar ahora dónde están las maletas con el dinero?

—Lo registraremos. Por fuerza tiene que llevar un plano, un resguardo, alguna indicación.

—Está bien. Sentiría por ti que no llevase nada de eso, pichón. Regístralo, Jim.

Jim era el de la metralleta. Se acercó y se puso a hurgar en los bolsillos del muerto.

—Campbell ha sido acribillado hace menos de una hora —sonrió Holden con una extraña calma—. Jim, que estaba al acecho por si necesitaba algo, ha visto cómo un federal lo liquidaba y abría dos

maletas que Ned iba a retirar de un guarda-objetos. Aparentemente el dinero estaba allí, pero luego han llegado dos polizontes, Jim ha podido acercarse y ha visto el contenido de esas maletas en un descuido de los policías. No había allí más que libros viejos y ropa. Era una trampa de Ned para que ese federal y Campbell se liquidaran mutuamente y fingir que la policía tenía ya el dinero robado hace años por Thomas Shandor.

—Muy inteligente —dijo Cirył con un soplo de voz.

—En efecto, pero no nos ha engañado. Ya ves que no. Jim ha podido avisarnos a tiempo y hemos venido aquí por si Ned estaba en la casa. Como era un hombre astuto, estaba aquí, en efecto. Pero lo que no hemos podido evitar es que tú le estrangularas. ¿Tienes ahora alguna idea para que demos con el dinero, preciosidad?

Cirył no era tan cobarde como Ned, no soportaba tantos insultos. Arqueó las piernas como si fuese a saltar y masculló:

—Le odiaba. Me daba asco porque era rastrero, porque sólo tenía fachada, pintura podrida sobre la piel, porque disparó sobre mí hasta dejarme muerto. Porque...

—Tú sabías entonces que no ibas a morir, Cirył. No puedes negar que fue una hermosa trampa.

Cirył, con la mano izquierda, se desabrochó de un tirón la blanca camisa. Debajo ya no llevaba la camiseta de goma.

—Tú siempre habías sido un tipo algo misterioso, Cirył —dijo burlonamente Holden—, un tipo dado a lo extraño y lo sobrenatural. Hablabas de que alguna vez, después de muerto, volverías a ver a tus amigos y enemigos. Eso era absurdo, naturalmente, pero me dio una idea. Eso y la curiosa camiseta de goma contra golpes que habías inventado.

Mientras levantaba un poco más la pistola, para detener el sospechoso movimiento de Cirył, continuó:

—Te habías hecho preparar una camiseta de goma compuesta de dos telas de forma que entre ambas quedara una pequeña cámara de aire. Vista desde el exterior daba la sensación de ser ceñida, e incluso decías que la usabas para afianzar tus costillas descoyuntadas, pero en realidad había una cámara de aire, repito, entré ambas telas de goma. Eso servía, por ejemplo, para sostenerte mejor en el agua. Para amortiguar el efecto de las caídas. Para anular en parte el impacto de los golpes... Aquella noche, cuando

me di cuenta de que por las buenas jamás íbamos a sacarle a Ned el paradero de las maletas, decidí dominarle por el terror. Mi plan era perfecto y no tenía prácticamente ningún riesgo... si tú no nos traicionabas. En la conversación que sostuvimos te convencí para que te dejaras extraer sangre por Campbell, que fue practicante de la Armada durante la guerra, y la introdujeráis entre las dos telas de goma. Luego no tuve más que dar a Ned una pistola cargada con pequeños e inofensivos proyectiles que empleo para tiro de salón y esperar a que tú fingieses el ataque en combinación con Campbell al que habías trasladado mis órdenes. Sabía que Ned no iba a tirar a la cabeza porque yo le había enseñado a tirar al corazón. Los proyectiles atravesaron la camiseta e hicieron brotar la sangre, pero sin causarte daño alguno. Lo demás fue tan sencillo... Consistió en permanecer inmóvil hasta que te arrojamos al agua. Como yo mismo te ausculté y dije que estabas muerto, Ned no tuvo más remedio que creerlo. Al ser arrojado al agua llevabas arrollado a la cintura un cable negro que los de la camioneta se encargaron de sostener con el pie hasta que estuviste en la superficie. Después de eso no tenía más que entrar aquella misma noche en la habitación de Ned y robarle las ropas que le habíamos entregado. Por desgracia él no se despertó, porque su susto hubiese sido definitivo. Lo demás, incluso lo de esta noche, se ha hecho para que perdiera los nervios y buscara alejarse de Nueva York, para lo cual, naturalmente, se llevaría el dinero. Y no habría más que vigilarlo para que la fortuna viniera a nuestras manos por sí sola. Pero tú lo has enviado todo al diablo, Círyl. Tú, con tus condenados odios...

Levantó un poco más la pistola, colocándola en línea de tiro. Y en ese preciso momento, desde una de las ventanas abiertas de la planta baja, advirtió una voz:

—Muy interesante, amigos. Vuestras explicaciones han sido perfectas.

Todos se volvieron al unísono en la misma dirección. Luke Zervis, empuñando su «38», acababa de saltar al interior desde una de las ventanas que daban al parque. Su derecha no temblaba, y había en sus ojos una fría e, inflexible determinación.

—Interesante y divertido —añadió—. Eres muy astuto, Holden, pero otro día procura que en la caja del «tablier» de los automóviles que tus sicarios llevan a su nombre no haya una factura de

reparación con tus señas. Un descuido lamentable, Holden, causado por el exceso de confianza. Me fue fácil llegar hasta tu refugio, acogotar a dos de tus guardaespaldas y sacarles el sitio adonde te habías dirigido. Afortunadamente aún he llegado a tiempo de intervenir, Holden.

Hubo un momento de estupor, un momento que pareció atravesar las mentes de todos como el filo de un cuchillo. Luego, los hombres que estaban en el inmenso «*hall*» de la casa del pantano, reaccionaron.

El primero en reaccionar fue Cirył.

Se dio cuenta de que aquélla era su oportunidad, de que quizá no se le volvería a presentar ninguna otra. Dio un puntapié a Jim, que estaba arrodillado junto a él, y lo envió a tierra. Luego corrió como un loco hacia una de las ventanas. Jim, con un alarido de rabia, pudo sujetar su metralleta desde el suelo y hacer fuego con ella. Cirył recibió el plomo en la espalda y en la nuca, cuando iba a alcanzar una de las ventanas, y cayó acribillado al suelo. Esta vez su muerte no fue ficticia, sino real. Esta vez, en la sangre que derramó, iba disuelta su vida.

Jim se revolvió como un gato en el suelo, mientras seguía disparando. Las balas de la metralleta rociaron los escalones y alcanzaron en las rodillas a «Ma» Sewon, que pretendía huir. Dio un traspíe, cayó rodando un par de peldaños y en ese momento una de las balas le atravesó el centro de la cabeza.

Luke, mientras se inclinaba hacia adelante, hizo un solo disparo con su calibre «38».

A matar.

La bala atravesó la sien de Jim y le hizo saltar la cabeza. Antes de que los otros forajidos reaccionaran del todo, Luke se arrojó al suelo, dio dos vueltas sobre sí mismo y disparó otra vez. Uno de los «gangsters», que corría hacia él, rodó con el corazón perforado. Holden y su único compañero volaron hacia la puerta.

Luke les quiso dar una oportunidad.

—¡Quieto, Holden! ¡Quieto en nombre de la Ley!

Holden y su compinche se volvieron al mismo tiempo, disparando. El «gángster», que no veía dónde estaba su enemigo, recibió plomo en la mandíbula y cayó fulminado a tierra, Holden sintió como un picotazo a la altura del corazón.

Dio un traspíe.

Otro picotazo.

Luke disparaba ya con la pistola de uno de los muertos.

Holden se dirigió a uno de los sillones. Era parecido a su trono, al lugar desde donde repartía sus órdenes y gobernaba el imperio del hampa. Otro picotazo, éste un poco más doloroso que los anteriores. Se sentó y echó la cabeza hacia atrás, como si descansara. La última bala le perforó el corazón de parte a parte y le hizo brotar un hilo de sangre por la boca.

Luke dejó caer la pistola a tierra y se dirigió hacia el cadáver de Ned Shandor. Junto a él estaban esparcidos sus objetos personales, sacados de los bolsillos por Jim. Luke los revisó someramente y guardó un solo papel, que era un *ticket* para entrar con automóvil en el cementerio de Brooklyn. ¿Qué podía haber ido Ned a hacer allí? Nada, excepto a dejar dos maletas bien cargadas en cualquier lugar donde estaba seguro de que nadie las buscaría. Por ejemplo en el mismo panteón de los familiares de Holden, si es que pudo robarle las llaves. A nadie, ni al mismo demonio, se le ocurriría buscar el dinero allí. Pero ahora ya iba a ser fácil encontrarlo.

Cochino dinero.

Luke contempló los muertos, buscó con la mirada un teléfono y lo encontró en una mesita, junto a las escaleras. Pidió comunicación con su superior.

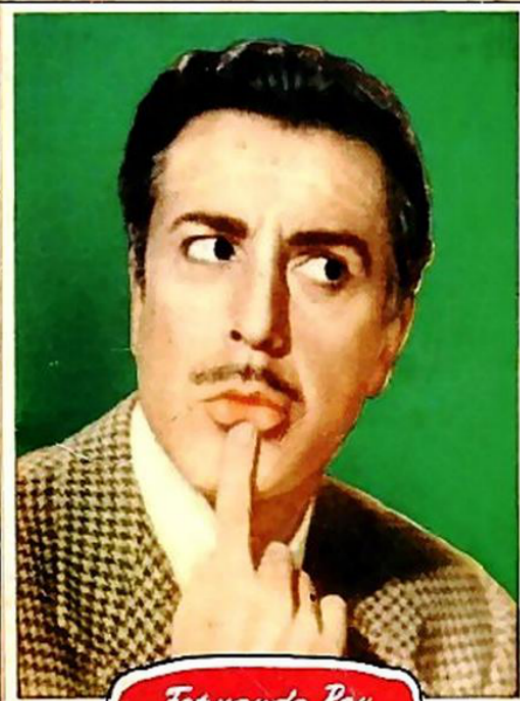
—Volveré a buscar la credencial —dijo sencillamente.

Luego salió de la casa del pantano. Tenía que regresar cuanto antes a la ciudad. En ella había una mujer que estaba sola en el mundo, una muchacha que ya no volvería a ver a Thomas ni a Ned.

Luke Zervis se alegraba esta noche de no haber perdido el corazón.

FIN

LLUVIA DE ESTRELLAS



Fernando Rey

N.º 767 Es uno de los más populares actores españoles y experta figura del doblaje. Los éxitos de Fernando Rey son: "Locura de amor", "Faustina", "Un marido de ida y vuelta" y "Marcelino pan y vino".

Foto SUEVIA FILMS-CESAREO GONZALEZ



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. — Printed in Spain — Precio en la Rep. Argentina: \$ 4.-50

